

BOLSILIBROS
BRUGUERA



SERIE
**PUNTO
ROJO**

la pasajera del vuelo 500

joe mogar



COLECCION

PUNTO ROJO



JOE MOGAR

LA PASAJERA DEL VUELO 500

Colección PUNTO ROJO n.º 407
Publicación semanal
Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES
CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B. 45.943 - 1969

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: febrero, 1970

© **JOE MOGAR - 1970**
sobre la parte literaria

© **JORGE NÚÑEZ - 1970**
sobre la cubierta

Cedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970**

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE:
1.013. — Llamada a un pistolero
- En Colección BUFALO:
393. — Alias, Pistoi Kendal.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
991. — Muerte para una rubia
- En Colección CALIFORNIA:
696. — El caballo salvaje.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
620. — Un rancho peligroso.
- En Colección COLORADO:
825. — Un *gun-man* en la noche.
- En Colección KANSAS:
586. — «Dificultades» John.
- En Colección BRAVO OESTE:
451. — El misterio de la colina.
- En Colección PUNTO ROJO:
404. — Muerte para un locutor.
- En Colección ASES DEL OESTE:
555. — Un disparo en la bruma.

1

De haberla visto John Dereck, en aquel momento, hubiera dicho que la Pan American jamás había contado en sus aviones con un decorado tan perfecto como aquel.

Es decir, con dos decorados, porque la mujer que iba a su lado, una pelirroja, también llamaba la atención.

Subiendo las dos por las escalerillas que les conduciría directamente al interior del tetrarreactor «D. C. 58», en viaje directo desde San Francisco hasta Nueva York, vía Chicago.

Ambas con minifalda, mostrando las piernas de esbeltos y largos muslos casi en su totalidad, indiferentes a la admiración que despertaba en los hombres que desde la misma pista las observaban en silencio.

Indiferentes a todo excepto a la conversación que sostenían.

Se habían conocido no hacía mucho, apenas unos minutos, cuando los altavoces anunciaron que los pasajeros del vuelo «500» con destino Chicago y Nueva York debían dirigirse a la pista por la puerta número diez.

Fue entonces cuando Velda O'Hara tropezó con la pelirroja.

Vino la sonrisa, una disculpa, una pregunta y la conversación que continuaba ahora, sobre la escalerilla del reactor, y a muy pocas yardas de la puerta de entrada del enorme vientre del avión.

Un hermoso decorado, el mejor, y también un bello contraste.

Pelo negro con tonalidades azules y ojos del mismo color.

Grandes, rasgados, misteriosos y brillantes.

Pelo color fuego la otra y grandes y bellos ojos azules. Tranquilos, como las aguas dormidas de un lago.

Largas piernas y carrocería fascinante desde la altiva cabeza hasta los pies calzados con zapatos de alto tacón.

Una mujer muy hermosa, una figura decorativa como diría Dereck, pero no mucho más fascinante que la propia Velda O'Hara que a cada minuto del día o de la noche presentaba una faceta diferente.

Se sentaron juntas.

Y fue la pelirroja la que rompió el silencio con una pregunta.

—¿Ha volado usted mucho?

Velda le dedicó una de sus fáciles, bonitas y tímidas sonrisas, y contestó:

—Algunas veces. Eso son cosas de John.

—¿John...? ¿Quién es John?

La sonrisa de Velda se amplió.

—Un amigo —dijo. Hizo una ligera pausa y preguntó a su vez, creyéndose en la necesidad de hacerlo—. ¿Y usted?

—¿Yo...? Bueno, es la primera vez.

—¿Va a Chicago?

—No, de ningún modo. Mi destino es... Nueva York. Vivo en la calle 111, cerca de la Novena Avenida.

Se encontraba nerviosa.

Eso era obvio para Velda, que contestó.

—Ya se irá acostumbrando a volar. Es... fantástico, y perdone la palabra, pero es que no se me ocurre otra.

La pelirroja fue a responder, pero la voz de la azafata, diciendo que se colocaran los cinturones de seguridad que iban a despegar, se lo impidió, por lo que ambas obedecieron en silencio.

Unos segundos más tarde, el tetrarreactor empezó a deslizarse por la pista de cemento y despegó.

Velda miró por la ventanilla.

Abajo el mar mientras el enorme avión se doblaba sobre un ala para tomar la curva.

A su derecha, cada vez más lejos, la bahía de San Francisco y la prisión de Alcatraz.

Velda se estremeció sin poderlo evitar.

Odiaba Alcatraz.

Odiaba todo lo que significara un encierro, aunque fuera voluntario. Era... lo mismo que si padeciera claustrofobia. Era... el pasado que de vez en cuando volvía a su mente para torturarla de nuevo, a pesar de que el tiempo continuaba pasando y a medida que transcurría todo iba quedando atrás.

Las repentinas palabras de su compañera de vuelo la distrajeron de sus nada agradables pensamientos.

—¿Trabaja aquí, en Frisco?

Velda le dedicó una nueva sonrisa mostrando una vez más la blancura inmaculada de sus dientes pequeños e iguales.

—Vine de vacaciones y no las terminé. He estado una semana... y me vuelvo a Nueva York —y pensó en John Dereck cuando añadió—: Cobro un buen sueldo por sentarme en el pico de una mesa y...

—¿Cómo dijo...?

La pelirroja la miraba con asombro y sus ojos azules chispearon.

Velda soltó una ligera carcajada.

—Olvídelo, querida —dijo.

Una vez más la azafata interrumpió la respuesta de la pelirroja cuando anunció que podían desprenderse de los cinturones y fumar si lo deseaban.

Lo hizo y abrió el bolso.

—¿Quiere? —preguntó, alargándole el paquete de cigarrillos «Chester».

La pelirroja la envolvió en una leve sonrisa, tomó un cigarrillo y cuando ambas lo encendieron solo pronunció una palabra.

—Gracias.

Velda no respondió.

Se limitó a ladear la cabeza y mirar por la ventanilla.

Frente a ella, el ala del avión con dos turborreactores parecía flotar completamente inmóvil en el espacio hasta que de un modo repentino vio el movimiento de los alerones y fascinada por el espectáculo, para ella siempre fascinante e incluso un tanto terrorífico, deseando apartar la vista de allí pero al mismo tiempo notando cómo una fuerza superior a su voluntad se lo impedía, durante varios minutos estuvo observándolo, con el humeante cigarrillo entre los dedos de la mano derecha, olvidada de fumar y de todo lo que no fuera lo que tenía delante de los ojos.

—¿Quiere tomar algo?

Un tanto sobresaltada se volvió a mirar.

La azafata.

Sonrió.

—Un café. Gracias.

—A usted, *miss*...

Se alejó y al verla andar, al ver sus bellas piernas, pensó en Dereck y en lo que éste trataría de hacer tan pronto como abandonara el avión, si fuera él quien estuviera a bordo.

Desechando el pensamiento, pero con la maligna idea de contárselo al propio Dereck tan pronto como lo viera, Velda lanzó una fugaz mirada a su compañera de asiento.

La pelirroja había terminado el cigarrillo y tenía los ojos cerrados.

—¿Dormía?

Velda no hubiera podido jurarlo, cosa que tampoco comprobó.

Se limitó a mantenerse callada mientras que una vez más sus pensamientos cabalgaban por Central Park, por Manhattan, la Quinta Avenida y los clubs nocturnos de Broadway y en los cuales había pasado muy buenos ratos en compañía del hombre que para ella lo era todo, a pesar de no encontrarse segura de nada... y de tenerle a su lado constantemente.

Hasta que de un modo repentino su hermoso rostro de muñeca morena se contrajo cuando estos mismos pensamientos la llevaron a recordar al teniente Mac Harrison, del Departamento de Homicidios de Nueva York.

Para desechar el pensamiento, Velda desvió los ojos hacia el ala del avión, justo en el momento en que la azafata se le acercaba con el café que le había pedido.

Nunca supo cuánto tiempo estuvo así, completamente callada, sumida

en un sin fin de pensamientos, hasta que de un modo repentino se dio cuenta de que las luces del interior del avión se encontraban encendidas. Miró por la ventanilla.

El cielo intensamente negro, y las estrellas.

Allá al fondo, frente a sus ojos, una luz que se enciende, que se apaga, que se enciende...

Las luces de situación del extremo de las alas... Apartó los ojos y miró a la pelirroja.

Continuaba con los ojos cerrados, y ahora quizá sí durmiera.

Velda se retrepó contra el asiento y sonrió.

Pensaba en Dereck.

El viejo y querido John no la esperaba, que no sabía que volvía tan pronto.

¿Dónde se encontraría en aquel momento?

Rubia, pelirroja como la hermosa mujer que tenía a su lado, ¿o morena como ella misma? ¿O tal vez se encontraba descubriendo cualquier perdido cadáver aun en contra de la opinión del propio teniente de Homicidios?

¿O quizá admirando una vez más el bikini negro del calendario del bar de Olsen O'Nell?

Se quedó dormida.

Entre tanto, el tetrarreactor proseguía su rápido viaje en dirección a Chicago, primera escala de su recorrido antes de emprender su vuelo directo hacia el aeropuerto de La Guardia en Nueva York.

A su lado, la pelirroja la observaba con disimulo.

2

Se llamaba Esther Morris y se encontraba sentada, frente a un «Manhattan» doble que hizo bizquear a John Dereck tan pronto como la vio.

Sentada en uno de los taburetes, cabalgando una pierna sobre la otra y mostrándoselas envueltas en medias de malla negra, como no había visto otras.

Desde la puerta, Dereck la estuvo observando en, silencio por espacio de unos minutos y luego entró yendo a acomodarse en el extremo opuesto del mostrador, y dejó que sus ojos caminaran sobre su espléndida, figura desde la altiva cabeza hasta la puntera de sus zapatos de alto tacón, dejando que aquellos descansaran más de lo necesario en sus largos y esbeltos muslos.

A continuación, Dereck los apartó para mirar al bikini negro de la chica del calendario mientras que O'Nell, con una sonrisa en los labios se le acercaba, y sonrió a su vez.

Pero no a O'Nell, ni siquiera a la chica del calendario.

Dereck pensaba en Velda cuando lo hizo, comparando figuras decorativas y carrocerías, por no perder la costumbre.

Desvió los ojos hacia él, miró a la rubia de la barra y replicó:

—¿Lo de siempre, míster Dereck?

—Sí, claro.

Siguió un pequeño silencio que el propio Olsen rompió para preguntar:

—¿Y *miss* O'Hara?

Dereck sonrió.

—En San Francisco —dijo—. Creí que ya se lo había dicho.

O'Nell devolvió la sonrisa, miró el calendario, desvió los ojos hacia la rubia que contemplaba su «Manhattan», siempre en silencio, como ajena de todo lo que ocurría a su alrededor, y respondió:

—Sí, claro que lo sabía, míster Dereck, pero creí que ya había vuelto.

Dereck arqueó una ceja.

—No lo hará hasta final de mes, O'Nell.

—¿No...? Yo no apostaré eso, míster Dereck.

—¿Por qué?

Y en su voz había algo de asombro.

—Por la sencilla razón de que con *miss* O'Hara y con usted, nunca se sabe.

Se alejó sin esperar respuesta y como no tenía nada que hacer, al quedar solo, Dereck se dedicó a estudiar las piernas de la rubia, que al parecer continuaba sin enterarse de nada.

Ni de las miradas de Dereck.

Repentinamente, ella le miró, arqueó levemente una ceja, levantó el vaso, empezó a beber y al terminar descabalgó la pierna para a continuación cabalgarla a la inversa.

Dereck estuvo a punto de terminar con lo que había pedido, de un solo trago, pero se contuvo.

Miró el bikini negro.

De nuevo comparaba figuras más o menos decorativas.

Pensaba, una vez más, en Velda.

La necesitaba, añoraba su compañía, y se daba cuenta de que ni las fascinantes piernas de la rubia, casi frente a sus ojos, podían paliar aquel recuerdo, acrecentado por las preguntas de O'Neill.

Dereck apuró la bebida, depositó medio dólar sobre el mostrador, abandonó el taburete y con un ademán de saludo para O'Neill, que contestó del mismo modo, se volvió hacia la puerta.

Salió a la calle, hacia el río de gente de todas las razas y colores que deambulaban por la ancha acera y pausadamente se acercó al «Cadillac» de su propiedad.

Extrajo el llavero del bolsillo del pantalón y abrió la portezuela.

Al ir a entrar en el coche, ella dijo a su espalda.

—Espere, por favor.

Nunca había oído su voz, y a pesar de ello, Dereck se volvió sabiendo ya a quién iba a ver.

No se equivocó.

La bella rubia de fascinantes piernas, con minifalda que las mostraban desde mucho más arriba de medio muslo, había abandonado la barra del bar de Olsen O'Neill y se encontraba a su espalda, mirándole con sus grandes ojos pardos, que ahora reían, y una fascinante sonrisa en sus rojos y sexuales labios.

—¿Sí...?

La sonrisa de ella se amplió.

—¿Me lleva? —preguntó.

Dereck, sin responder, se apartó de la portezuela y con un ademán de su brazo indicó que entrara en el coche.

La rubia lo hizo y él entró detrás, acomodándose frente al volante.

—¿Dónde? —preguntó antes de ponerlo en marcha.

La rubia hizo un mohín con los labios.

—Me aburro sola, ¿sabes? —preguntó—. En cuyo caso, puede llevarme por ahí. Adonde quiera.

—¿A mi apartamento?

Ella arqueó una ceja.

—¡Claro, querido! ¡Ah! Me llamo Esther. Esther Morris, y sé que le gusto a usted.

—¿Sí...? ¿Y cuándo se dio cuenta de eso, pequeña?

—Ahí dentro —respondió ella con desfachatez—, cuando se dio un atracón con mis piernas... Y me aburro, querido.

Dereck puso el coche en marcha, embragó, y lentamente apartó el —«Cadillac» del bordillo de la acera.

—Eso ya lo dijo antes —replicó—. ¿O no fue así?

—Sí, claro, por lo menos, eso creo. Y voy a repetirlo una vez más. Me aburro, querido, necesito compañía.

—Durante la noche.

—¡Claro! Es cuando me aburro más.

—¿Y me ha escogido a mí?

—Sí.

—¿Por qué?

Esther abrió mucho los ojos, que chispeaban.

—Ya se lo dije —respondió—. Me gusta usted. ¿Me lleva?

—¿Dónde?

—Quedamos en que íbamos a ir a su apartamento.

Dereck continuó conduciendo en silencio, que se hizo extremadamente largo hasta que ella lo rompió con una pregunta:

—¿No contesta?

Dereck vaciló un poco y acto seguido preguntó:

—Supóngase que no quiero llevarle allí. ¿Cambiaría eso las cosas?

Esther le miró con asombro.

—¡Pero, querido! —exclamó—. ¿Por qué tenían que cambiar? Podemos ir a otro sitio, ¿no?

—¿Sí...? ¿Dónde?

—¡Oh! Bueno, podemos ir a cualquiera de los moteles que hay en la carretera 21, ¿verdad?

Y le miró con el gesto más inocente del mundo.

—¿Por qué?

Esther abrió mucho los ojos (Dereck pudo apreciarlo perfectamente por el retrovisor), y exclamó:

—Pero... pero... ¡Oiga! ¿Es que no se lo he dicho ya...?

No contestó.

Pensaba.

Le gustaba la mujer como jamás le gustara otra, exceptuando a Velda, claro, pero allí había algo que no entendía, y aquello contribuía a que su mal humor se acrecentara por momentos.

Hasta que repentinamente se decidió:

—De acuerdo, Esther —dijo tuteándola, tuteo que ella aceptó con una

luminosa sonrisa—, te llevaré.

Dobló el volante y el «Cadillac», obedeciendo a su mandato, abandonó Broadway para tomar el camino más directo hacia la carretera.

El motel, a la izquierda de la carretera, el bar, las cabañas a ambos lados...

Sin formular una sola pregunta, Dereck desvió el coche de la autopista y lo detuvo en la playa de estacionamiento. Entonces se volvió a mirarla.

La rubia Esther le observaba a su vez con una curiosa e indefinible expresión en el semblante.

Dereck continuaba pensando en que allí había algo más que ella no decía.

—¡Oh! Pero... pero...

Protestaba, pero fue ella misma, y a medida que lo hacía, la que se precipitó en sus brazos por lo que el beso brotó espontáneo entre los dos.

Un beso que les dejó sin aliento, hasta que lo recuperaron segundos más tarde, y entonces Dereck preguntó:

—¿Ahora...?

—Si lo deseas, puedes esperar aquí, querido —dijo ella interrumpiéndole—. De paso, voy a alquilar una de esas cabañas.

Dereck no tuvo inconveniente alguno, por lo que al cabo de unos segundos quedó completamente solo.

Cinco escasos minutos duró la separación entre los dos, y Esther regresó a su lado diciendo:

—Vamos, deja el coche y ven conmigo. Alquile una y dicen... que es un sueño.

Pensando en que a no tardar podía convertirse en una pesadilla, y sin que Velda tuviera nada que ver en aquello, Dereck descendió del coche, la enfrentó, y prendiéndola del brazo pidió:

—Llévame, querida.

Cuatro minutos más tarde, sin soltarse, ambos entraban en una de las cabañas, para mirarse en el acto, frente a frente, exactamente como lo que eran, como dos extraños.

Hasta que de un modo repentino, sin pronunciar palabra, Dereck dio un par de pasos hacia ella y la prendió por la cintura notando como en el acto le rodeaba el cuello con sus brazos... solo que al terminar con las caricias, cortas según su gusto, Esther murmuró:

—¿Crees que a tu secretaria le gustará esto si se entera, John Dereck?

No respondió de momento.

Tampoco se mostró sorprendido.

Esperaba algo, aunque no aquello, pero supo dominarse por lo que ella, a pesar de que escrutaba su semblante atentamente, no pudo adivinar, ni por un asomo, qué era lo que estaba pensando.

Hasta que a su vez preguntó:

—¿Cómo sabes que hay una secretaria?

Ella se echó a reír.

—¿Y tú eres uno de los pesquisas más inteligentes de Nueva York?

Dereck le devolvió la sonrisa.

—Ella no está aquí ahora, querida —dijo.

Y se acercó.

Pero no llegó a rozarla ya que Esther respondió en aquel momento.

—Yo no estoy tan segura de eso, pesquisa.

—¿Qué...?

Ella arqueó una de sus finas cejas rubias y repitió:

—Que no estoy tan segura de eso, querido.

Cansado del juego, que a su juicio a nada conducía, Dereck respondió con voz seca.

—Velda no se encuentra en Nueva York, muchacha. Por tanto...

Avanzó otro paso y la prendió por la cintura.

Y entonces ocurrió algo que no esperaba.

Esther se debatió entre sus brazos, luchando por separarse de ellos hasta que llegó un momento que a pesar de todo logró besarla en los labios y ella se inmovilizó. Al segundo siguiente notó cómo elevaba los brazos hasta su cuello mientras que sus rojos labios se abrían bajo los suyos aceptando y devolviéndole la caricia.

Acto seguido recibió un golpe y con la impresión de que la cabeza le estallaba en mil pedazos perdió el conocimiento.

Dereck abrió los ojos con la vaga impresión de que alguien le estaba zarandeando de un lado para otro y con gesto estúpido le miró.

Una ventanilla, la del coche, junto a su pecho, el volante y el motor funcionando al ralentí.

El rostro que ocupaba por entero la ventanilla no lo había visto nunca.

Oyó su voz:

—Oiga, amigo, ¿qué diablos le ocurre a usted? Menudo susto nos ha dado a todos. ¿Es que ha bebido?

Dereck no lo entendía bien.

Ladeó la cabeza para mirarle mejor, la nuca le dolía.

Forzó una sonrisa.

—¿Y a mí qué diablos me dice? ¿Beber...? No he probado una gota de licor en horas —se enderezó sobre el asiento y miró dándose cuenta de que frente a sí mismo tenía el bar del motel donde había entrado con la rubia y frunció el ceño, para preguntar a continuación: En realidad, ¿qué fue lo que ocurrió?

El otro le miró con gesto suspicaz.

—Bueno... veré, yo salía a dar un vistazo, como hago todas las noches, ¿sabe? Soy el dueño de todo esto. Pues... al salir, vi su coche que venía lanzado hacia aquí y creí que se metería en el bar, pero no fue así. Aplicó

el freno y... pude salir para verlo. Se ha dejado en el suelo la mitad de las cubiertas.

Sin pronunciar una sola palabra, Dereck abrió la portezuela y el otro, también en silencio, se apartó para dejarle salir.

Dereck, siempre sin pronunciar palabra rodeó el «Cadillac».

Efectivamente, sobre el asfalto podían verse las dos tiras negras que habían dejado las cubiertas de su coche al frenar en seco unas yardas más atrás.

Se volvió a mirar al dueño del motel.

—¿Dónde está la rubia, amigo? —preguntó.

El otro levantó ambas cejas mirándole con inusitado asombro.

—¿Qué rubia? —preguntó.

—La que alquiló la cabaña número seis —respondió—. Venía conmigo.

—¿Sí...? Pues yo no la vi. Como le dije, me encontraba aquí cuando usted llegó, conduciendo lo mismo que si estuviera ebrio, y tan pronto como aplicó los frenos me acerqué y le encontré como dormido sobre el volante. Si trajo con usted, alguna rubia, lo soñó.

Dereck esperaba que se negara, pero a pesar de ello formuló la petición:

—Me gustaría ver esa cabaña, ¿puedo?

—¡Pues claro que sí! aunque no me guste ya que me está llamando embustero con toda la política.

Dereck no respondió.

Le siguió en silencio y pocos minutos más tarde ambos se encontraban en su interior, observándolo todo.

Ni una huella, ni el menor rastro, nada que delatara lo que verdaderamente había ocurrido allí. Era, como si todo lo hubiera soñado, pero él sabía que no, que había algo más.

Se encogió levemente de hombros y miró al dueño del motel.

—Perdone, amigo —dijo—, debo haber estado soñando.

Pero su voz parecía papel de lija.

—Sí, eso creo yo también.

No respondió, se limitó a dar media vuelta, cruzó el umbral de la puerta y salió fuera.

Lanzó una mirada al bar y entonces, siempre sin pronunciar una sola palabra, llevando al tipo detrás de sus talones, se encaminó hacia allí yendo a acomodarse en la barra, sobre uno de los taburetes.

Antes de que pudiera pronunciar una sola palabra, el *barman* preguntó:

—¿Qué va a tomar?

—Whisky —esperó a que se lo sirviera y entonces añadió—: ¿Vio a la rubia?

El *barman* le miró con asombro mientras que detrás suyo, en silencio, el dueño del motel les observaba atentamente.

—¿Una rubia...? ¿Cuándo? Esta noche no, desde luego.

Sin responder, Dereck apuró el *whisky* de un solo trago, abonó la consumición, dio media vuelta y se encaminó hacia la acristalada puerta de salida, sin volverse, y sin un solo ademán de despedida.

De nuevo frente al volante se palpó la nuca.

Le dolía, pero no había señal alguna del golpe recibido. ¿Con qué le golpearon? Tal vez un golpe de «karate», ¿o tal vez con un saquito de arena?

Aquello, como la volatización de la rubia de piernas de ensueño, era un misterio para él... que iba a tratar de descubrir aunque nadie le pagara por ello.

Dio el arranque, embragó, y acto seguido tomó el camino de regreso a Nueva York.

3

Al entrar en su apartamento, Dereck se envaró mirando la luz que se filtraba por debajo de la puerta que daba acceso al *living*, y se detuvo en seco llevando la mano a la funda de la axila donde reposaba la «Magnum».

Luego avanzó en tanto que el recuerdo de la rubia Esther le golpeaba el cerebro.

Desde luego se trataba de una mujer, pero no rubia.

Una *negligee* de *nylon* rosa melocotón, y Velda.

Velda que se encontraba allí y no donde necesariamente debería estar.

Velda que abandonaba el sofá donde hasta el momento presente había estado tendida y que le enfrentaba con una de sus bonitas y tímidas sonrisas.

—John... querido...

Vaciló un poco y corrió hacia él por lo que Dereck solo tuvo tiempo de abrir los brazos para recibirla, y a continuación, como siempre ocurría desde aquella memorable tarde en que la encontrara en uno de los bancos de Central Park, lo olvidó todo.

El golpe en la nuca, la rubia de piernas fascinantes y minifalda, el motel de la carretera 21 y en fin... todo lo que no fuera ella.

Fue mucho más tarde, cuando la separó de sus brazos, el momento en que Dereck preguntó:

—Y ahora, Velda, ¿quieres decirme qué diablos haces en Nueva York? Si mal no recuerdo no tenías que volver hasta...

—¡Pero, John! —le interrumpió—. ¡Si en Frisco no había nadie que admirara mis piernas, querido! —se las miró, clavó púdicamente los ojos en las punteras de sus zapatos y continuó—: Ensayé varias posturas e incluso me senté en el pico de una de las mesas, cerca de la bahía y... me acordé de ti. Al parecer, las figuras decorativas no gustan en...

—¿No puedes hablar en serio aunque sea una vez, Velda?

Ella le miró con los ojos muy abiertos.

—¡Pero si lo estoy haciendo, pesquisita! Mis piernas son dos monumentos y nadie parece apre...

Sabiendo que aquello no iba a terminar en toda la noche, Dereck la interrumpió:

—¿Quieres dejar tus piernas para otra ocasión y escucharme, Velda?

—¡John! ¿Pero es que no te gustan, amor? Eso... eso... no te lo voy a perdonar.

Dereck se puso en pie y ella se interrumpió mirándole con los bellos y negros ojos cargados de inocencia.

—Correcto, Velda, me gustan, y tú lo sabes, ¿no? Y ahora... dime la verdad. ¿Por qué has vuelto tan pronto?

El hermoso rostro de ella se nubló.

—No me gusta Alcatraz, John —dijo en un susurro—. No me gusta nada que huela a prisión, ¿comprendes? Y... y Alcatraz se ve desde todo Frisco... y me volví.

Podía ser verdad.

Podía darse el caso de que fuera cierto, de que ocurriera como otras veces en que el pasado que ya creía muerto o casi olvidado, volvía a su mente con más fuerza que nunca, pero tal vez hubiera algo más.

Mirándola atentamente, Dereck preguntó:

—¿Eso es todo?

Velda se dejó caer sobre el sofá, cabalgó una pierna sobre la otra, la *negligee* de *nylon* se abrió por el centro y Dereck desvió los ojos respirando con dificultad diciéndose exactamente lo que ya se había dicho muchas veces: Que tuvo mucha suerte cuando aquel día, ya un tanto lejano, tropezó con ella en Central Park.

—¿Qué más podía haber, querido?

Dereck hizo una mueca y su rostro de halcón pareció endurecerse aún más mientras sus fríos ojos grises trataban de escudriñar, sin éxito, el interior de su mente.

—De acuerdo, Velda —dijo—, pero si me entero de que...

—Pero... pero querido... si lo hice para que no continuaras haciendo comparaciones con las piernas de... de cualquiera. Verás, mañana me sentaré en él...

No terminó.

Dereck dio un paso hacia ella, Velda vaciló un poco, se puso en pie, y acto seguido se encontró abrazándole y siendo abrazada.

Pero no fue hasta el día siguiente cuando Velda se asustó de verdad aunque delante de Dereck trató de disimularlo.

Sentada en su pequeño despacho de la calle 16 donde John Dereck tenía instaladas sus oficinas, mostrando las bellas piernas por debajo de la mesa, Velda vio la fotografía y se sobresaltó.

Casi al instante sus ojos cayeron ávidamente sobre los grandes titulares en negro y luego los apartó hacia la acristalada puerta que separaba su despacho del de Dereck.

Y como otras veces desde que pasara a ser su secretaria, leyó lo que ya había leído infinidad de veces:

Sonrió.

Pero ahora en su sonrisa no había timidez alguna y sí una leve sombra de preocupación.

Velda, con el periódico en la mano, vaciló un poco sabiendo que si entraba allí, iban a caer sobre ella una nube de preguntas para las cuales tan solo podía dar unas pocas respuestas, todas sin consistencia alguna, hasta que de un modo repentino se decidió.

Se puso en pie, rodeó su mesa despacho y empujó la puerta que le separaba de Dereck, y también le vio cómo siempre le había visto.

Sentado detrás de la mesa de su despacho, con el nudo de la corbata completamente flojo, la camisa desabrochada, los pies sobre la mesa, la botella de *whisky* a su lado y el cigarrillo colgando materialmente de la comisura de la boca.

Dereck apartó los ojos del punto inconcreto donde los tenía fijos, en la pared opuesta, y la miró.

—¿Qué es lo que te preocupa, Velda?

Ella le sonrió, tímidamente, rodeó la mesa y se sentó sobre el brazo del sillón. Al instante, la mano de Dereck fue a su cintura mientras que sus ojos miraban el periódico.

—Vamos, Velda —dijo—, ¿qué trae ese periódico que te llama la atención?

Sin responder, Velda desplegó el diario frente a los ojos de Dereck.

—Esto, John —dijo señalando la fotografía y los grandes titulares en negro.

Dereck arqueó una ceja.

«Crimen en la carretera 23 Oeste, —leyó—. Esta madrugada pasada el Departamento de Homicidios del Distrito V recibió una comunicación telefónica diciendo que en uno de los moteles estaba ocurriendo algo fuera de lugar. El teniente Mac Harrison se personó de inmediato encontrándose con el cadáver de una mujer pelirroja, que hasta ahora no ha podido ser identificada...»

Seguía una reseña de todo lo ocurrido y la policía pedía la colaboración de las personas, si es que las había, que pudieran identificarla.

Dereck terminó de leer el artículo del cronista y desvió los ojos hacia el expectante rostro de Velda.

—Y bien —dijo—, ¿qué es lo que te preocupa de este asesinato, Velda, querida?

Ella apartó los ojos y como si se sintiera fascinada por la botella de *whisky* los clavó allí, y no los apartó cuando respondió:

—Todo, pesquisa. Absolutamente todo.

Dereck había aprendido a conocerla demasiado bien para no alarmarse al oírla afirmar aquello a pesar del tono que empleó para decirlo.

—¿Sí...? —preguntó—. ¿Y qué es ese todo?

—Esa... pelirroja, John, fue compañera de viaje. Mi compañera en el vuelo 500, ¿comprendes? Vinimos juntas desde Prisco hasta Chicago y desde allí hasta Nueva York.

Dereck tomó la botella, bebió un trago, se limpió la boca con el dorso de la mano y preguntó:

—Apuesto a que ahora vas a decirme cómo se llama, ¿verdad?

Velda le miró.

—¡Pues claro que sí, tonto! Se llamaba Liz Memphis, y vivía en Nueva York.

—¿Dónde?

Velda se encogió de hombros.

—No lo sé —dijo, mintiendo—. No me lo dijo, ni yo tampoco pregunté.

Dereck la miró pensativamente, dudando sobre la veracidad de sus palabras y sabiendo por experiencia que no podía hacer nada en contra, porque si Velda había decidido meterse en un lío por cuenta propia, ni él ni todo el Departamento de Homicidios podrían disuadirla de ello.

—Piensa bien en una cosa, Velda —dijo seriamente, con la expresión que ella tan bien conocía de otras veces, en realidad, ¿qué fue lo que ocurrió entre tú y ella?

—¡John! Si solo hablamos de piernas y de carrocerías. La pelirroja tenía más fachada que yo, querido, y estuve tratando de adivinar, durante todo el tiempo, qué es lo que hubieras hecho tú con ella, de encontrarte en mi lugar.

—¡Velda! Te estoy hablando en serio.

—¡John! —remedó ella—, y yo también... aunque tú creas lo contrario. Diablos, si tenía mejores piernas que la chica del bikini negro en él...

Al mirarse en sus ojos, mientras hablaba, comprendió que por el momento debía dejar las bromas aparte, y calló.

—De acuerdo, John —dijo ahora seriamente—. ¿Qué deseas saber?

—Todo, querida. Y al decir todo, me refiero a la verdad de los hechos y no a los que tú puedas inventar, ¿comprendes?

Ella levantó una de sus finas cejas negras como el ébano y respondió:

—No hay nada más que lo que te he dicho, pesquisa. Nada más.

Dereck frunció el ceño y a continuación formuló una nueva pregunta:

—¿Recuerdas si ocurrió algo fuera de lugar a la salida del aeropuerto?

El ceño de Velda se frunció.

—Nada... Es decir, solo una cosa sin importancia. La estaban esperando —Dereck no lo demostró, pero en el acto sus sentidos se agudizaron—. Un coche. Uno de esos coches de importación europea. Quizá un «Alfa Romeo»... o Bueno, no me fijé bien.

—¿Viste quiénes iban dentro?

—No. Sólo una mano cuando abrieron la portezuela y una voz. «Vamos,

preciosa, sube». Eso fue lo que dijeron o algo parecido, y ella subió. Casi al instante el coche se puso en marcha... y hasta ahora que he leído esto.

Dereck volvió a beber.

—¿Y no se despidió de ti?

Velda sonrió, y como siempre, su sonrisa brotó espontánea por entre sus rojos y sensuales labios.

—No, querido —respondió—, no se despidió de mí, ya que ni siquiera me miró. Se limitó a entrar en el coche, a darme una exhibición de piernas y... Bueno. John, amor, la pelirroja de la gran fachada tenía minifalda —se miró la suya, sobre los largos y perfectos muslos y añadió—: Mucho más corta que la mía, querido. Un encanto de minifalda. ¡Como para que los modistos se declaren en huel...!

—¿Quieres dejar de bromear de una vez, Velda?

—¡Oh! Sí, claro. Perdona, pero me olvidé que hoy, no debía mostrarme así. No es el día para que me siente en el pico de esa mesa y...

—Creo que vas a tener que ir a la policía, Velda —la interrumpió un tanto secamente.

Y al instante se encontró frente a frente con sus obsesionantes ojos fijos en los suyos.

—¿Es eso lo que deseas, John Dereck? —preguntó.

—Lo que yo desee o deje de desear no cuenta en este caso, muchacha, ¿comprendes? Ve y dile todo lo que me has dicho a mí y...

—¡Un cuerno les voy a decir, querido! —respondió con absoluta desvergüenza—. Si el teniente Mac Harrison desea mi colaboración, no la tendrá ni mucho menos. Eso por descontado, John. Jamás vi a esa pelirroja o si la vi en el interior del avión, no sé ni cómo se llama ni hablé jamás con ella. Por otra parte, que tome la lista de pasajeros y vaya interrogando a todos los que viajábamos en ese avión. De ese modo...

—Encontraré tu nombre y vendrá, Velda.

—¡Ya lo sé! Y le diré lo que acabo de decirte a ti. Vi a la pelirroja, no hablé con ella, y tampoco sé cómo se llama, ¿comprendes? No podrá probar lo contrario.

—¿No...? ¿Y la azafata?

—No podrá jurar que hablamos porque cuando me traje el café que le pedí, esa Liz estaba dormida a mi lado, o fingiendo que lo hacía. Luego me dormí yo, para despertar cuando el avión se disponía a aterrizar en Chicago, querido. Eso es todo lo que pienso declarar, y nada más.

—Eso es un delito, Velda, y tú lo sabes. El obstaculizar la labor de la po...

—También lo es... el terminar con los buenos principios de una mujer, John, querido, y Mac Harrison terminó con los míos... Hubiera terminado con los míos, de no haber tropezado contigo. Como ves, pesquisa inteligente, la pequeña Velda O'Hara no olvida a pesar de que algunas

veces... algunas veces... ¡Oh, John...!

Y sin pronunciar una sola palabra más se precipitó en sus brazos, por lo que durante cierto tiempo rallaron.

Al terminar con los besos y caricias, Dereck habló:

—No voy a discutir ni a forzarte a nada, Velda, querida —dijo, pero me gustaría que fueras a la policía. Piénsalo, pero si decides no ir, no quiero verte metiendo las narices en esto, ¿comprendes?

—¡Pero John! si yo no he dicho eso.

Dereck no respondió.

Tomó la botella y bebió un trago, cuando terminó, Velda se encontraba en la puerta que daba acceso a su despacho, sonriéndole tímidamente, como despedida.

—De acuerdo, John, amor, me estaré quietecita, como una chica recién salida del internado.

Dio media vuelta, con la minifalda por encima de la cintura, abrió la puerta y salió dejándole solo.

Dereck volvió a beber, pensando en que aquel último trago sí que le estaba haciendo falta. A su lado, como olvidado, se encontraba un ejemplar del *New York Tribune*, con la fotografía a todo color de una pelirroja.

Dereck lo tomó y volvió a leer la noticia.

Cuando terminó pensó en Esther Morris. O por lo menos, ese era el nombre que la rubia le había dado.

Empezaba a atar cabos.

Nadie le llamaba para intervenir en aquello, nadie le pagaba para descubrir tal o cual asesinato, pero había una mujer, un golpe en la nuca que le privó del sentido, y el dueño de un motel que negaba todo hecho, unos hechos que habían ocurrido en realidad.

Y una pelirroja asesinada salvajemente en otro motel, pero este en la carretera 23 Oeste... y un teniente de Homicidios. Un teniente llamado Mac Harrison.

Dereck estaba seguro que más tarde o más temprano se presentaría allí, si no en la oficina, sí en el apartamento que Velda y él compartían, en busca de la muchacha.

Tenía que hacer algo mucho antes de que una de sus luminosas ideas hiciera que Velda diera un tropezón. Velda que a pesar de su pasado, de sus temores, actuaba la mayoría de las veces como si nada hubiera ocurrido, o como si efectivamente y aun en contra de lo que afirmaba repetidamente, no tuviera miedo a nada ni a nadie, y mucho menos al teniente Mac Harrison y al sargento Foster.

Sin dejar de pensar, Dereck miró la acristalada puerta que le separaba del despacho de Velda y luego desvió los ojos hacia el teléfono.

Vaciló un poco y finalmente alargó la mano y tomó el auricular.

Lo levantó y empezó a discar.

—¿Sí...? ¿Dígame...?

Dereck respondió:

—Soy Dereck, Olsen —dijo—, ¿está por ahí la rubia de anoche?

Siguió un silencio mientras que Dereck continuaba con los ojos fijos en el cristal de la puerta, como temeroso de ver aparecer, de un momento a otro, a Velda, con su sempiterna y tímida sonrisa, que en aquel caso podía trocarse en otra completamente burlona.

—No, no ha venido. Por lo menos, yo no la he visto —hizo una pausa y preguntó—: ¿Es que ocurre algo?

Dereck le dedicó una mueca al auricular.

—La verdad es que no lo sé, Olsen, pero me gustaría hablar con ella. No obstante, si va por ahí, entreténgala como pueda, pero no le diga que llamé preguntando por ella, ¿comprende?

O'Neill no comprendía nada, pero le prometió lo que deseaba por lo que sin más, Dereck depositó el auricular sobre su soporte y se puso en pie.

Guardó la semivacía botella en el cajón central de su mesa despacho, lanzó una fugaz mirada al periódico que quedaba sobre la mesa y se acercó a la puerta sabiendo lo que iba a ver nada más entrar.

No se equivocó.

Velda, cabalgando una pierna sobre la otra, mostraba las piernas en toda su longitud, ya que la minifalda apenas si representaba nada en su tocado.

Levantó los negros ojos del papel que estaba examinando y le miró.

—¿Te marchas, John? —preguntó innecesariamente, pues ya, lo sabía.

—Sí, ahora mismo.

—Pero... ¡si creí que me ibas a invitar a comer!

—Hoy no, querida. Eso, para los domingos.

—¿Qué...? —y le miró con los ojos chispeantes—. ¿Cómo que los domingos?

—Claro que sí, querida. Tengo... tengo que pagarle a la secretaria, y amortizar el viaje de ida y vuelta a San Francisco, y su estancia allí, en uno de los mejores hoteles. ¿O qué te habías creído?

—Pero... pero... ¿qué diablos te has creído, pesquisa bara...?

Pero Dereck ya no la escuchaba.

Acababa de abrir la puerta que daba acceso al pasillo y avanzaba en dirección al ascensor, sin volver ni una sola vez la cabeza hacia atrás.

Alcanzó la calle, el «Cadillac», y condujo rápidamente hacia el bar de O'Neill sabiendo que Velda, un poco más tarde, se presentaría allí, como venía haciendo día a día desde que ambos estaban juntos.

Pero cuando llegó, la rubia Esther no se encontraba allí y tampoco había sido vista por O'Neill.

Le era impasible pensar.

El artículo del periódico saltaba una y otra vez en el interior de su cerebro y éste iba unido al teniente Mac Harrison, a Foster y, ¿por qué no? al propio Dereck.

Su querido John.

¿Qué diría él si le contaba la verdad de todo? Pero, ¿qué verdad era aquella?

Hablando seriamente y en honor a esa misma verdad, poco más podía añadir a lo dicho. Más que poco, nada, y no había más realidad que aquella, y que la pelirroja Liz había sido asesinada en un motel de la carretera 23.

Velda se puso en pie, dio varias vueltas por su despachito y finalmente, sin saber aun lo que iba a hacer, entró en el de Dereck.

El periódico que le diera se encontraba sobre la mesa, como una muda acusación para ello, o como algo excitante.

Tanto o más excitante que una droga.

Velda lo tomó volvió a leer el artículo y a continuación lo dejó en el mismo lugar. Hecho esto se sentó en el pico de la mesa, abrió el bolso, sacó el espejito y la barra de *rouge*, se retocó un poco los labios, miró el borde de la minifalda, a medio muslo, se dijo que aquello era perfecto, que más que perfecto era perfectísimo, y saltando de la mesa, al suelo, decidida ya, cruzó el umbral cerrando a su espalda, y tres minutos más tarde tomaba el ascensor que debía conducirla a la planta baja.

Ya sobre la acera, Velda miró a ambos lados pensando en Dereck.

Y en el bar de O'Neil.

Casi podía apostar consigo misma a que en aquel momento se encontraba allí, con los ojos fijos en la chica del calendario, sumido en cualquiera sabía qué pensamientos, o comparando figuras decorativas... y algo más.

Velda, sin dejar de pensar, se acercó al filo de la acera y esperó.

Fue cosa de tres o cuatro minutos al cabo de los cuales vio un taxi libre. Le hizo una seña, subió, y dio la dirección.

—A la Novena Avenida —dijo.

Y tan pronto como el coche se puso en marcha se retrepó contra el mullido respaldo y cerró los ojos.

Nunca supo cuánto tiempo permaneció allí, sumida en multitud de

pensamientos, hasta que oyó la voz del taxista:

—La Novena Avenida, *miss*... ¿Dónde la dejo?

Velda se enderezó sobre el asiento y miró por la ventanilla.

—Siga adelante —respondió—, que ya le avisaré.

Dos minutos más tarde añadió:

—Puede detenerse ahí, junto a esa joyería.

Velda pagó la carrera, añadió una propina, descendió del coche, el taxista miró sus piernas, desvió los ojos, y arrancó como una bala pensando que con una mujer como aquella, por llevarla, merecía la pena ser taxista e incluso estrellarse contra cualquier cosa, pero siempre que ella le acompañara, claro.

¡Y qué piernas, diablos!

¡Con minifalda!

Y no hacía comparaciones con nada, ya que no entendía de aquellas cosas.

Velda se acercó al escaparate de la joyería, miró lo expuesto durante unos minutos, los que tardó en cerciorarse de que nadie la había seguido, y con el bolso de rafia en bandolera empezó a andar lentamente buscando la calle 111.

Veinte minutos más tarde se encontraba frente al número 1.080 en cuyo portal entró.

Miró alrededor.

No había portera por lo que suspiró satisfecha.

Miró la tablilla indicadora.

Elizabeth Memphis. Apartamento 120, piso decimonoveno.

Velda dudó entre utilizar el ascensor o no hacerlo, hasta que optó por la primera idea.

Entró en la caja mecánica, pulsó el botón correspondiente al decimonoveno piso y tres minutos más tarde se encontraba en el pasillo buscando el apartamento 120, letra Z.

Frente a la puerta dudó una vez más, hasta que de un modo repentino una de sus tímidas sonrisas, que tanto gustaban a los hombres, floreció en sus rojos y sensuales labios mientras que sus negros y profundos ojos chispeaban.

Pensaba en Dereck y en el teniente Mac Harrison, en lo que ambos dirían, sobre todo el segundo, si en aquel momento se presentara allí y registrara su bolso, viendo el manojo de ganzúas que llevaba dentro.

Pertenecientes a Dereck, pero ganzúas.

Velda miró a uno y otro lado del largo pasillo y a continuación procedió a forzar la puerta.

Diez segundos más tarde lo conseguía.

Cruzó el umbral, cerró a su espalda encajando el pasillo, tanteó la pared buscando el interruptor de la luz, y fue en aquel momento cuando

tuvo la certeza de que no se encontraba sola en el apartamento.

Velda hizo ademán de volverse, y lo mismo que le ocurriera a Dereck en el motel, allí también le sucedió a ella, cuando algo se abatió contra su nuca.

Con un ligero gemido, Velda estrelló el rostro en el suelo.

A continuación hubo unos segundos de calma y luego se encendió la luz y por espacio de varios minutos, la persona que la había golpeado la estuvo examinando concienzudamente y luego se agachó y tomó su bolso.

Lo abrió, lo registró no menos concienzudamente y acto seguido se lo devolvió sin haberse apoderado de nada. Hecho esto apagó la luz y abandonó el apartamento dejándola sola.

Velda recuperó el conocimiento veinte minutos más tarde con la vaga sensación de que se había quedado sin su bella y altiva cabeza, hasta que varios segundos más tarde supo que se había equivocado porque aquella le dolía de un modo horrible.

Trabajosamente se puso en pie y se palpó la nuca.

Había un chichón del tamaño de un huevo de paloma y pensó en lo que Dereck diría tan pronto como se enterara.

Vacilante, apoyándose en la pared, tanteó el marco buscando el interruptor de la luz.

La encendió, y al hacerlo, fue cuando se dio cuenta de que su bolso había sido registrado.

Recordando al teniente Mac Harrison, con el ceño fruncido, lo examinó, pero ahora no había ningún arma dentro y sí todas sus cosas, en desorden, pero no faltaba nada.

Velda cerró el bolso y miró alrededor.

Frente a ella la puerta que debía dar acceso al *living*.

Procurando no dejar ninguna huella de su paso cruzó el umbral, encendió la luz y miró alrededor.

Todo estaba revuelto, como si un huracán devastador se hubiera enseñoreado del interior del apartamento que en vida perteneciera a Liz Memphis.

En igual estado se encontraba su dormitorio, su armario ropero, las mesitas, los cuadros colgados en las paredes y haciendo trabajar su cerebro a marchas forzadas. Velda permaneció allí por espacio de varios minutos más, los que tardó en hacer lo que verdaderamente deseaba y luego retrocedió de espaldas limpiando con un pañuelo los interruptores de la luz a medida que las iba apagando.

Abandonó el apartamento, limitándose tan solo a cerrarlo encajando el pestillo, y descendió hasta la planta baja utilizando la escalera.

Llegaba a la calle cuando oyó las sirenas de la policía.

Velda, procurando no perder los nervios empezó a retroceder, llegó a la bocacalle inmediata, dobló la esquina y mezclándose con la gente que

abarrotaba la acera, tomó la dirección de la Novena Avenida y allí mismo tomó un taxi.

Dio la dirección y se acomodó contra el respaldo del asiento.

Pensaba.

Y no en Dereck, precisamente, sino en la pelirroja asesinada.

* * *

Desde la acristalada puerta, Dereck lanzó una fugaz mirada alrededor del bar.

A la barra vacía, a las mesas algunas de las cuales estaban ocupadas, y luego, por no perder la costumbre, miró a la chica del calendario y la comparó con Velda... también en bikini.

No tuvo que esforzarse mucho para comprender que Velda siempre sería Velda desde cualquier ángulo que se la mirara.

Abandonó la puerta, se acercó al mostrador, tomó uno de los taburetes y se sentó cuando ya O'Neill se le estaba acercando:

—¿Qué va a tomar, míster Dereck? —preguntó.

—Whisky —respondió. Y preguntó en una brusca transición—; Y esa rubia, ¿vino?

Volviéndose para tomar la botella de la estantería, O'Neill respondió:

—No, no la he visto por aquí. ¿Es que ocurre algo?

Dereck no respondió.

Se limitó a palparse la nuca y a pensar.

No lo hizo hasta que no le vio frente a él, con el *whisky* en la mano.

—Nada que yo sepa, Olsen —dijo—, pero me gustaría hablar con ella —le miró con gesto dubitativo y añadió—: Si viene, y quiere hacerme un favor, le ruego que se ponga en contacto conmigo o con *miss* O'Hara.

—¿Miss...? ¿No quedamos en que se encontraba en Prisco?

Dereck sonrió alargando la mano hacia el vaso.

—Si —dijo—. Así era, hasta que se presentó de improviso.

O'Neill respondió con una sonrisa y se alejó para atender a un cliente recién llegado.

Dereck empezó a beber pensando.

No le gustaba la intempestiva vuelta de Velda, no le gustaba que nadie le golpeará la cabeza, así como tampoco le gustaba el no saber por dónde empezar... ni con qué.

Sólo había una pista, la de la pelirroja, y otra en el motel donde llevara a la rubia Liz... y Velda.

Pero esta última no diría nada más, hasta que no fuera demasiado tarde, hasta que no hubiera más remedio. Al recordarla, Dereck abandonó el taburete y entró en la cabina telefónica.

Disco.

Velda no se encontraba en el despacho lo que le hizo fruncir el ceño.

Volvió a discar, pero ahora lo hizo a su apartamento.

Velda tampoco estaba allí por lo que maldijo entre dientes, colgó el auricular y abandonando la cabina telefónica se dispuso a regresar a la barra.

Fue entonces cuando la vio.

Pero no era Liz ni mucho menos.

Velda, con la minifalda muy por encima de medio muslo, mostrando las piernas cubiertas de *nylon* a la clientela del bar, cabalgando la una sobre la otra, con entera desfachatez, con su sempiterna y tímida sonrisa a flor de labios, enfrentaba a un no menos sonriente Olsen O'Neill.

Le sirvió un «Manhattan» con hielo mientras Dereck se acercaba.

—¿Puedo saber de dónde sales? —preguntó apenas encontrarse a su lado.

—¡Pues claro que sí! Vino un tipo al despacho, se puso a hacer elogios a mis piernas y me largué... por no darle un beso en prueba de agradecimiento, amor.

Con lo que Dereck prefirió empezar a beber mientras contaba por lo menos hasta veinte, mentalmente, claro, antes de enviarla a cualquier parte, por lo que después ya no lo hizo.

Se limitó a sentarse a su lado y a formular una nueva pregunta:

—¿Dónde estuviste, Velda?

—Pues... me aburría en el despacho sin nadie que admirase mi carrocería y me vine para acá. Aunque aburrido, tú no lo eres tanto como las paredes de.

—¡Velda!

Ella le miró con gesto inocente, tomó el vaso y dijo un segundo antes de llevárselo a los labios:

—¿Qué, John?

—¿Quieres irte al infierno?

Con los ojos brillantes como estrellas, sin dejar de beber, ella denegó con la cabeza.

Dereck no respondió.

La imitó y al terminar con el *whisky* saltó del taburete al suelo y preguntó:

—¿Nos vamos?

—¿A la oficina?

Y le miró con gesto consternado.

—Nada de eso, preciosa —respondió Dereck—. Vamos a comer por ahí, pero luego, te irás donde te mande, ¿comprendes?

—¡Oh, John! eres un... un... Bueno, lo que sea.

También saltó del taburete al suelo, con un revuelo impresionante de

minifalda y negras puntillas de encaje, y se le colgó del brazo tirando de él hacia la puerta.

Veinte minutos más tarde ambos se encontraban en un pequeño restaurante de la calle 17, media cuadra antes del cruce de ésta con Broadway.

En silencio los dos, como si no tuvieran nada que decirse cuando era todo lo contrario, por lo menos en lo que correspondía a Velda.

No obstante, fue Dereck el que rompió el silencio, pero cuando ya tenían los cigarrillos en la mano, y frente a ellos sendas tazas de café:

—¿Vas a explicarme de una vez dónde diablos te metes cada vez que abandono la oficina, querida?

—¡Pero, John, si ya te lo he dicho! Vino un tipo y...

—¡Un cuerno, preciosa! —estalló él.

Y ella le miró con los ojos muy abiertos, escandalizados.

—¡John, querido, que estás en presencia de una dama!

—Y un... y un...

—¡Cuerno por segunda vez, cielo! —completó ella observándole burlona mientras se llevaba el cigarrillo a los labios, con lo que Dereck se atragantó.

Y dio la callada por respuesta hasta que ella se decidió a hablar seriamente.

—De la oficina al bar de O'Neill, querido —dijo—, y te estoy diciendo la verdad.

Lo que para Dereck significaba lo contrario, pero no insistió sabiendo que ella, por mucho que hiciera, no diría nada, contando con que verdaderamente tuviera algo que decir, hasta que no le viniera en gana.

Terminó el cigarrillo en silencio, abonó la consumición y se puso en pie.

Velda abrió mucho los ojos:

—¿Rubia o morena, querido?

Dereck arqueó una ceja.

—¿Qué diablos quieres...?

—¡Oh! nada, pero creía, que ibas a largarte otra vez.

Dereck le dedicó una sonrisa.

—Pues ahora te equivocaste, preciosa, porque voy contigo hasta la oficina.

La prendió del brazo y ambos subieron al «Cadillac», Dereck frente al volante.

Hicieron el viaje en silencio.

La muchacha que había frente a la puerta del despacho no llevaba minifalda, pero era mucho peor debido a los cortísimos *shorts*, y que hicieron fruncir el ceño a Velda.

Morena, como ella misma, alta aunque no mucho, y maravillosamente

formada.

Ojos azules, grandes y rasgados, los senos altos, redondos, estrecha la cintura y las piernas, la propia Velda tenía, una muestra delante de sí misma, y desviando los ojos de aquéllas miró a Dereck.

Su rostro se mostraba inexpresivo y Velda estuvo a punto de dedicarle una de sus burlonas sonrisas.

Unos segundos después, sin mirarla, ambos se encontraron junto a la puerta. Fue al ir a abrir cuando ella dijo a espaldas de los dos:

—Perdonen... Usted es... es... ese... detective de ahí...

Y señaló con uno de sus dedos rematados de uñas rojas la placa que había en la puerta.

Mirándola, fijamente, Dereck respondió justo en el momento en que se daba cuenta de que ella tenía un periódico doblado bajo el brazo.

—Soy ese que dice, *miss*...

—Alice Memphis, y deseo contratarle a usted.

El rostro de Velda permaneció impassible mientras Dereck estuvo a punto de soltar un respingo cuando algo le golpeó la mente con fuerza arrolladora.

—De acuerdo, *miss* Memphis —dijo—, entre conmigo.

Abrió la puerta, se apartó a un lado para dejarlas pasar y en tanto que Velda iba a su despachito, abrió la que daba al suyo e indicó:

—Por aquí, *miss* Memphis.

Entraron y apenas lo hubieron hecho, indicó uno de los sillones.

—Siéntese, ¿quiere?

Alice lo hizo, cabalgó una de sus piernas sobre la otra y le miró.

—¿Y bien...? —preguntó Dereck.

—Asesinaron a mi hermana y yo quiero a su asesino, míster Dereck —respondió ella. Hizo una ligera pausa y añadió—: ¿Supongo que lo habrá leído ya? Todos los diarios de Nueva York lo publican.

—Y también dicen que esa pelirroja no fue identificada.

—Hasta hace menos de una hora en que lo hice yo —atajó Alice. Y ahora, si deja de mirarme las piernas como si nunca hubiera visto a una chica en *shorts* puede que nos entendamos, pesquisa.

Dereck apartó los ojos de donde necesariamente no debían de estar y los clavó en un punto inconcreto sobre el tablero de su mesa despacho.

—Explíquese, *miss* Memphis —fue lo que dijo.

Y Alice empezó:

—No sé por qué ha podido ocurrir esto, míster Dereck. Ella fue a Prisco y a su regreso ocurrió eso tan horrible e inesperado. Yo... no sé lo qué pensar de todo esto. Y aún hay más; alguien registró el apartamento que ambas compartíamos juntas en el número 1.080 de la calle 111, cerca de la Novena Avenida.

—¿Dio parte a la policía?

Alice arqueó una de sus cejas.

—¿Para qué? La policía es... demasiado lenta en sus cosas y yo, yo quiero a ese asesino cuanto antes.

Dereck vaciló por espacio de varios segundos y finalmente soltó la pregunta:

—¿Algún hombre en la vida de su hermana?

La vio fruncir violentamente el ceño y esperó la respuesta que le llegó casi al segundo siguiente:

—Sí. Un tal Peter Borden. Salían juntos.

—¿Amigos?

—Sí, claro.

—¿Nacía más que amigos?

Alice le miró pensativamente.

—Que yo sepa, nada más.

—Sabe dónde vive.

—Sí. En el número 890 de la calle 13 Este, piso decimocuarto apartamento 320-A.

Dereck tomó nota y al terminar de hacerlo, Alice preguntó:

—En cuanto a sus honorarios... Bueno, sé que cobra caro, pero también sé que es el mejor.

Dereck sabía positivamente que aquello no era cierto, pero no la desmintió.

Simplemente se limitó a responder:

—De eso, si le parece bien, *miss* Memphis, podemos hablar después.

Ella no tuvo nada que objetar y se puso en pie.

Imitándola, Dereck preguntó.

—¿Dónde puedo verla a usted?

Alice le dedicó una sonrisa, la primera desde que ambos entraron en el despacho, y a él le gustó aquella sonrisa.

—En mi apartamento de la calle 111, tanto por el día como por la noche, siempre que sea para darme cualquier noticia con relación, al asesinato de mi hermana Liz.

Dereck no respondió, se limitó a acompañarla hasta la puerta y una vez que quedó solo regresó a su sillón, sacó la botella de *whisky*, puso los pies sobre la mesa y encendió un cigarrillo.

Iba a empezar a beber cuando la puerta se abrió dando paso a Velda.

Que le dedicó una de sus perennes y tímidas sonrisas, que esta vez tuvo algo de burlona.

—«Si deja de mirarme las piernas como si nunca hubiera visto a...»

—Velda...

Sin dejar de sonreír, pero interrumpiéndose, ella se sentó en el brazo del sillón, como tenía por costumbre.

Pensaba, cuando lo hizo, en el registro del apartamento de la Memphis, y en el golpe que ella misma recibiera en la cabeza cuando fue a curiosar, cosa que aún no le había contado a Dereck.

—¿Preocupado, John?

Y él pensó que ella también le conocía lo suficiente como para darse cuenta de lo que le ocurría en aquel momento.

—Sí, un poco —confesó rodeando su cintura con uno de sus brazos.

—¿Por qué?

—No sé. Hay algo que no encaja en todo esto.

—¿Sí...? ¿Qué es?

Dereck se encogió levemente de hombros antes de responder:

—Cómo te he dicho, todo, Velda, querida. El asesinato de esa pelirroja, el registro de su apartamento, tal y como me ha dicho su hermana, un motel en la carretera 21 y otro en la 53 Oeste, un tipo al que le gusta mentir, un amigo de la muerta y cierta rubia que encontré en el bar de O'Neill, cuando me encontraba mirando las piernas de la chica del calendario.

—Pero, John, ¡que estoy delante, querido! Y... ¿dijiste una rubia? ¿Más hermosa que yo, con más carrocería? ¿Incluso con mejores...?

—¡Velda!

Y al instante se encontró con el brillo burlón de sus ojos frente a los suyos.

—¿Sí, John...?

—Sencillamente te pido que por una vez hablemos seriamente.

Punto final.

Velda no lo dijo, pero lo pensó, por lo que dio la callada por respuesta, pero ni aun así pudo evitar que sus ojos continuaran brillando traviesos mientras le observaba fijamente.

—Llevé a esa rubia al motel de la carretera 21 y...

—¡John...!

—Llevé a esa rubia allí, y luego dijeron que jamás había estado, por lo menos conmigo, y que yo tampoco alquilé aquella cabaña —la miró pensativamente y preguntó—: ¿Qué te parece si nos largamos esta noche hasta allí, muchacha?

Velda abrió mucho los ojos.

—¡Claro que sí, cielo! La pequeña Velda es feliz cuando te decides a sacarla de su jaula aunque sea por unas horas.

—¡Quieres irte al infierno, querida!

Por toda respuesta, ella se le abrazó.

—Cierto que sí, mi amor —dijo un segundo antes de besarle en los labios—. Yendo contigo, incluso allí estaría bien, y tú ya deberías saberlo, pesquisa barato.

Dereck no respondió.

No porque no quisiera hacerlo, sino porque Velda no le dejaba.

5

Dereck detuvo el «Cadillac» bajo los árboles, a menos de cien yardas de la playa de estacionamiento del motel y volviéndose hacia ella la miró.

—Sabes lo que tienes que hacer, ¿verdad?

Al instante se vio envuelto, en una de sus frecuentes y bonitas sonrisas y a continuación oyó su respuesta:

—Alquilaré la cabaña número seis, querido... y me dejaré besar por ti tan pronto como estemos dentro.

Dereck se sobresaltó y acto seguido soltó un par de maldiciones en voz baja.

—Te dije que...

—Ya lo sé, John, querido, y lo voy a hacer —le miró pensativa y añadió —: Entretanto, tú, ¿qué es lo que harás?

—Iré detrás tuyo hasta el filo de los árboles, y te esperaré. Luego puede que le hagamos una amistosa visita al dueño del motel. Vas a preguntarle por la rubia de marras.

Velda no respondió por lo que Dereck abrió la portezuela y luego descendió del coche, detrás de ella.

Muy juntos empezaron a andar hacia el motel, en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos, hasta que cuando solo les faltaban cincuenta yardas por recorrer, Velda soltó una exclamación y exclamó:

—¡Cuidado, John, va a disparar!

Dereck reaccionó al segundo siguiente y de una forma completamente inesperada para Velda.

Cargó contra ella lanzándola al suelo, entre las hierbas y las matas de los jardines que rodeaban el motel y mientras ella lanzaba un pequeño grito de sorpresa ya que no de susto, llevó la mano a la funda de la axila y con rapidez relampagueante extrajo la «Magnum» tirando hacia atrás de la corredera.

Agachado, junto al tronco de uno de los árboles. Dereck miró a todos lados con el arma en la mano.

No había nadie por lo que miró a Velda.

Hecha un ovillo en el suelo, sin cuidarse de que su minifalda no estaba donde necesariamente debiera estar, con las manos en la boca, reía silenciosamente.

Dereck se acercó enfundando, con los ojos tan helados como un

ventisquero, y maldijo un par de veces cuando la rozó con las piernas viéndose reflejado en aquellos ojos profundamente negros y que ya constituían su mayor obsesión.

—¡Qué cuernos...!

—¡Oh, querido! —interrumpió ella—. Casi lo has hecho tan bien como el protagonista de la película «Yo soy espía». Eres todo un sol... y yo te quiero mucho.

Dereck maldijo de nuevo.

—¿Es en eso en lo que has estado pensando durante todo el camino?

—¡Claro que no, querido! —respondió mirándole burlona—. Pero me diste la idea al saltar del coche. Quería... deseaba saber si merecía la pena haberme enamorado de ti y no del protagonista de ese «telefilms».

Dereck dio la callada por respuesta pensando que si no lo hacía, aquello iba a durar toda la noche, pero con el vago sentimiento de que debería alargar las manos y retorcer aquel lindo y delicado cuello, tan querido por él mismo, aunque luego se arrepintiera toda la vida por haberlo hecho.

—Vamos —dijo secamente y dando media vuelta.

Velda, seriecita, mirándole de modo inocente, como si nunca hubiera hecho nada que no debiera hacer, la siguió hasta el filo de los árboles.

—Te estaré esperando aquí —dijo.

Ella no respondió.

Empezó a alejarse hacia el edificio central del motel y Dereck la vio desaparecer por la puerta sin que hubiera vuelto ni una sola vez la cabeza hacia atrás.

Entonces, en contra de sus anteriores pensamientos, sonrió.

Y no había dureza en sus ojos cuando lo hizo.

Velda tardó exactamente cuatro minutos en salir fuera y entonces Dereck empezó a dar un rodeo, por entre los árboles, en dirección a la cabaña número seis mientras Velda lo hacía directamente.

Cuando minutos más tarde alcanzó la puerta, Velda le estaba esperando en el interior, con todas las luces encendidas.

Dereck cerró a su espalda y se acercó:

Después de la broma, Velda parecía encontrarse sin ganas de continuar ya que ni en sus ojos ni en su rostro se veía el demonio de la burla.

Tampoco en su voz cuando preguntó:

—¿Y ahora, John...?

—Voy a tratar, como te dije, de averiguar, si puedo, quiénes eran los tipos que me estaban esperando aquí, cuando vine con esa rubia.

Velda no respondió, dio media vuelta, se dejó caer en uno de los sillones, cabalgó una pierna sobre la otra, abrió el bolso, encendió un cigarrillo y exclamó:

—Empieza, pesquisa. Quiero saber si continuas haciéndolo tan bien como mi querido espía.

Dereck simuló no haberla oído y no respondió.

Media hora más tarde, sin que Velda se hubiera movido del sillón que ocupaba, Dereck terminó con el registro y ya en su lado contestó a la muda pregunta que leyó en sus ojos:

—Los tipos eran dos, Velda, querida —dijo—, pero no puedo adivinar quiénes ni qué deseaban de mí. Ahora...

—Ahora, John, amor, me darás un beso, ¿verdad? —se puso en pie y se le acercó—: Estamos los dos solitos, ¿sabes?

—Eso lo dejaremos para después, querida. ¿O acaso has olvidado que tenemos trabajo?

—Pero... Bueno, eres un tipo... un tipo...

Se interrumpió, dio media vuelta y se acercó a la puerta.

—Invítame a un *whisky*, cielo. En el bar del motel. El dueño... se enamoró de mis piernas. Mientras hablaba conmigo se dio un atracón y... y...

Abrió la puerta y salió.

Dereck fue detrás sin pronunciar palabra, pero preguntándose qué diablos de nueva idea o ideas se estaban cociendo debajo de la bella y altiva cabeza de su secretaria, y cuando creyó encontrar la respuesta, aquella no le gustó ni poco ni mucho.

Sin intentar alcanzarla, Dereck continuó tras sus pasos hasta que ella se acomodó sobre uno de los altos taburetes con la minifalda casi sobre la cintura.

Entonces volvió los ojos a él, pero Dereck no la veía: Los suyos estaban fijos en el dueño del motel que se sobresaltó visiblemente al verle.

—¡Usted!

Dereck no respondió.

Se estaba acomodando junto a Velda.

Luego pidió:

—Dos *whiskys*, por favor.

Y mientras se los servían, con los brillantes ojos de Velda, llenos de contento, fijos en su rostro, preguntó:

—¿Ha recobrado la memoria?

El dueño del motel frunció el ceño.

—¿A qué se refiere? No me diga...

—Exactamente —interrumpió Dereck—, es de eso de lo que le iba a hablar. Diga, ¿vio o no vio a la rabia?

Los ojos de Velda, mientras se llevaba el vaso a los labios, chispearon.

—No sé de qué me está hablando, aparte de que ya me estoy cansando de usted, ¿comprende? Lárguese y no vuelva por aquí. No me gusta...

—Ni a mí tampoco el que mientan —miró alrededor y clavó sus ojos en la cabina telefónica, y entonces añadió—: Quizá al teniente Mac Harrison del Departamento de Homicidios le interese saber que hay una rubia

acusada de asesinato de...

Se interrumpió a sí mismo, abandonó el taburete y ante la mirada un tanto curiosa y divertida de Velda empezó a cruzar el local en dirección a la cabina telefónica.

—¡Espere!

Dereck se detuvo y se volvió.

—¿Puedo saber qué es lo que va a hacer?

Dereck inició una sonrisa, pero aquella fue dura: la más dura que Velda le había visto desde que le conocía.

—Llamar a la policía —respondió fríamente—, a menos que me diga si vio a la rubia.

El dueño del motel frunció el ceño.

—De acuerdo —dijo tras unos segundos de silencio—, le contaré todo lo que sé... que no es mucho.

Acercándose a la barra, mientras que la silenciosa Velda les miraba curiosamente, como si se preguntara en qué diablos iba a terminar todo aquello, Dereck respondió.

—Desembuche, hermano, le escucho.

Tomó el vaso y empezó a beber.

Antes de terminar, oyó la respuesta del dueño del motel.

—Me pagaron mil dólares, pero me aseguraron que no iban a hacerle daño a nadie.

Dereck soltó el vaso sobre la superficie del mostrador y preguntó:

—Explique eso, ¿quiere?

Hubo unos segundos de silencio en tanto que Velda continuaba examinándoles atentamente, y el tipo aquel contestó:

—Poco es lo que hay que explicar, ¿comprende? —Dereck no comprendía nada, pero asintió en silencio mientras que los ojos de la silenciosa Velda chispeaban—. Eran dos, y dijeron que le querían gastar una broma a un tipo que venía con una rubia dispuesto a alquilar una cabaña. Hablamos y quedamos en que les alquilaría la número seis y... Bueno, luego vi cómo le sacaban, me alarmé y me dijeron que era parte de la broma. Le sacaron entre los dos y uno de ellos condujo su auto desde la carretera hasta aquí, a buena velocidad, aplicó los frenos en seco con lo que las ruedas dejaron la señal, y acto seguido le colocaron frente al volante —hizo una pausa y añadió—: Lo demás ya lo sabe usted.

Dereck no respondió.

Miró a Velda, pero los hermosos ojos de ella se mostraron esquivos, por primera vez en mucho tiempo, en vista de lo cual volvió los suyos al dueño del local.

—¿Nada más? —preguntó.

El otro arqueó una ceja.

—No... le entiendo a usted.

—¿No...? Bueno, puede que sea verdad —Dereck hizo una ligera pausa y prosiguió—: Sea lo que fuere, aún no me ha dicho quiénes eran esos dos... ni la rubia.

—No les conocía, no les había visto en mi vida, y le estoy diciendo...

Se interrumpió el ver cómo Dereck tomaba el vaso y de un solo trago apuraba el resto del licor en tanto que Velda, con los ojos chispeantes hacía lo propio, sin dejar de mirarle por encima del borde del cristal, como esperando algo que no acababa de producirse, pero divertida en extremo y de antemano, al juzgar lo que iba a ser.

Dereck regresó el vaso a su lugar sobre el mostrador, volvió a mirarla y entonces, sin pronunciar una sola palabra saltó del taburete al suelo y empezó a cruzar el local en dirección a la cabina telefónica.

No iba a telefonear a nadie, solo era un «bluff», pero el dueño del local no lo sabía.

Preguntó al darse cuenta de cuál era la dirección en que se encaminaba:

—¿Dónde diablos va usted? ¿Puedo saberlo?

Dereck no respondió.

Continuó andando, sin volver la cabeza.

Y tampoco lo hizo cuando el tipo abandonó el mostrador y avanzó hacia donde se encontraba justo en el momento en que Velda, abandonando el taburete se les acercaba.

Antes de que Dereck alcanzara la cabina, el dueño del local llegó a su lado y le prendió del brazo.

—¡Oiga...! —exclamó—, ¿pero qué cuernos se ha creí...?

Se interrumpió a sí mismo, y tiró de él.

Dereck se volvió, pero fue por el lado contrario al que el otro esperaba por lo que el puño que de inmediato disparó en su contra, solo le rozó el rostro y fue a perderse en el vacío.

Al fallar dio un traspié, momento que aprovechó para hundirle el suyo en la boca del estómago. El tipo boqueó, se inclinó hacia adelante, y Dereck le enderezó de un terrorífico gancho que le lanzó contra una de las mesas, completamente KO, mientras que Velda, con los ojos brillantes como estrellas, batía palmas a su espalda.

Sin volverse, sin mirarle, exactamente como si no la estuviera oyendo —se acercó al caído y Velda le oyó murmurar con rencor:

—Me la debías, amigo.

Giró en redondo, la prendió de un brazo, y al seguirle en silencio, Velda vio que sus ojos estaban completamente fríos y que su rostro, de ordinario tan duro como el de un halcón, se había endurecido aún más.

Calló, pero fue por poco tiempo.

Hasta que ambos se encontraron fuera del motel, muy cerca del «Cadillac».

—¡John, amor! —exclamó repentinamente—. Eso de ahí dentro lo tienes que repetir, por lo menos un par de veces más, ¿comprendes? Pero..., pero... si jamás vi, un par de puñetazos como éstos. ¿Verdad, ciéln que me lo demostrarás a la menor oportunidad...?

Dereck no la mandó al cuerno ni mucho menos aunque se moría de ganas de hacerlo, sabiendo que de dar rienda suelta a sus sentimientos, solo serviría para que aquella pesadilla de pelo negro con tonalidades azules, como las alas de un cuervo, se burlara aún más de él.

Su rostro, al hablar, estaba enormemente serio, pero sus ojos reían de contento.

En resumen, que Vélela O'Hara estaba disfrutando de lo lindo, y lo que era peor, es que él, no sabía cómo evitarlo.

Velda ya no volvió a pronunciar palabra hasta que no se encontraron en el interior del «Cadillac», y lo hizo con una pregunta:

—¿Dónde me llevas ahora, John? ¿A nuestro apartamento?

Dereck tardó varios segundos en contestar.

—A un motel, querida.

—¡John, amor!

—A un motel de la carretera 23 Oeste. Donde asesinaron a cierta, pelirroja —respondió Dereck sin inmutarse por la exclamación de ella—. Y espero que el tipo que lo hizo, te asesine a ti también.

Con lo que Velda abrió mucho los ojos.

—¡Pero, querido...! —exclamó—. ¿No te da nada decirme eso? ¿Y con unas piernas como las mías? ¿Dónde vas a ir tú, faltando yo, a buscar otras como... cómo...?

Aquello era mucho peor por lo que Dereck decidió dar la callada por respuesta, aunque la súbita arrancada del «Cadillac», que materialmente la pegó contra el asiento, le dijo a Velda cuál era su estado de ánimo en aquel momento.

Al segundo siguiente la oyó reír silenciosamente.

Dereck continuó conduciendo y callando en vista de lo cual, Velda también calló, y a partir de aquel momento se dedicó a mirar por la ventanilla del coche, sumida en un mar de encontrados sentimientos, preguntándose qué diría él cuando lo supiera todo.

Preguntándose a sí misma si entonces la dejaría permanecer a su lado.

Lo sentía, pero sabía que no cambiaría nunca, que de nada serviría prometer una y otra vez hacer las cosas como él quería, porque el demonio que llevaba dentro no la dejaría hacerlo. Siempre, en todo momento, aunque pensara lo contrario, una y otra vez, sucedería igual.

El demonio de la burla, su innato deseo de enredarlo todo, le impediría hacer caso de Dereck, seguir sus consejos... lo que no podía hacer en modo alguno a pesar del miedo que le inspiraba el teniente Mac Harrison del Departamento de Homicidios.

Ahora deseaba como nunca decirle la verdad de todo lo ocurrido desde que abandonara Chicago en compañía de la pelirroja Elizabeth, hasta su llegada a Nueva York, pero no sabía cómo hacerlo.

Las cosas se habían enredado tanto que tenía tanto miedo a Dereck como al propio Departamento de Homicidios, y a algo más en lo que no se atrevía ni a pensar, pero sin que su voluntad mediara para nada de vez en vez saltaba a su mente en forma arrolladora haciéndola vacilar en sus convicciones, que no eran debidas nada más que al odio que experimentaba por Mac Harrison.

Repentinamente, Dereck, interrumpió el hilo de sus pensamientos.

—Hemos llegado, preciosa —dijo.

Y ella, a pesar de sus pensamientos, le dedicó una de sus mejores y tímidas sonrisas mientras que por primera vez se daba cuenta de la verdad que entrañaban sus palabras.

6

Miró.

Sombrío, silencioso, casi siniestro.

Sin poderlo evitar, Velda se estremeció.

—¿Y ahora...? —dijo más que por nada por oír el sonido de su propia voz.

—Tú vas a quedarte aquí, Velda, querida, ¿comprendes?... Yo... Bueno, voy a tratar de entrar en el motel en que asesinaron a tu amiga del vuelo 500.

—¡John!

—¿Qué, Velda?

—Esa mujer... no era mi amiga ni mucho menos, ¿entiendes? Fue un encuentro casual en el cual no hablamos de nada que pueda darnos una luz sobre esto.

—¿No?

—¡John, querido...!

—De acuerdo, Velda, muchacha, tú ganas.

Abrió la portezuela, hizo ademán de abandonar el coche y entonces ella le llamó.

—John...

Dereck se inmovilizó y luego volvió el rostro para mirarla. Los negros y fascinantes ojos negros se encontraban fijos en los suyos como dos dardos.

—¿Sí, Velda...?

—No voy a quedarme aquí sola, ¿comprendes?

Dereck arqueó una ceja.

—¿No? —preguntó—. ¿Por qué?

Ella le dedicó una nueva y tímida sonrisa.

—Pongamos que no tengo a nadie a quién mostrarle la innegable belleza de mis piernas. ¿Satisfecho?

Dereck no lo estaba ni mucho menos, pero a pesar de eso respondió:

—¿Y es suficiente, querida?

Los ojos de ella chispearon una vez más.

—¡Pero, amor! ¿es que no te parece suficiente?

—¡No!

Sin esperar respuesta abandonó el coche, pero cuando lo hizo, Velda le iba a la zaga, mirando a todos lados, cada vez más convencida de que iba a ocurrir algo desagradable, pero sin que supiera como definirlo.

lamente, llevándola ahora a su lado, con la mano derecha acariciando la culata de la «Magnum», Dereck avanzó hacia el edificio central del motel.

Cerrado.

Se acercó más a la puerta, y entonces, ante su estupor, se dio cuenta de que estaba precintado por la policía.

Maldijo entre dientes y al hacerlo oyó la pregunta de Velda.

—¿Qué ocurre ahora, pesquisa?

—La policía precintó estas puertas y ahora... ahora...

—¿Acaso esperabas que ocurriera otra cosa después de un asesinato, tipo listo?

Dereck se volvió, enfrentándola.

—Por un tiempo, me gustaría que guardaras tus sarcasmos para ti, Velda, preciosa.

Y en contra de lo que esperaba, ella no respondió.

Dereck se apartó de la puerta que daba acceso al bar y de una en una recorrió las cabañas hasta un total de diez, y como en todas las demás, encontró los precintos de la policía.

Entonces las rodeó, sin que Velda que iba a su lado, comportándose por primera vez en algunas horas como una chica modosita y recién salida del internado, como ya le dijera en cierta ocasión, las recorrió una vez más.

La ocho.

Cabaña número ocho.

Dereck lo sabía por la Prensa y ahora, al encontrarse a espaldas de la misma, junto a la puerta que debería dar a la leñadora o a la cocina, notaba como... si un vago sentimiento se fuera apoderando de él, pero sin lograr definirlo en modo alguno.

Miró a Velda.

Los grandes ojos de la muchacha se encontraban fijos en su rostro por lo que apenas si lo hizo aquellos tropezaron con los suyos.

Y preguntó mucho antes de que él pudiera pronunciar palabra alguna:

—¿Sí, John...!

—Voy a tratar de forzar una de esas ventanas, ¿comprendes?

—¡John! La policía...

—Nunca sabrá que lo hice yo, a menos que tú se lo digas, Velda.

Ella no respondió.

—Por tanto, regresa al coche. Es mucho mejor. Yo llevo la «Magnum» en el bolsillo de la americana, pero en la guantera del coche hay otra automática. No la toques si no es absolutamente necesario.

No hacía falta aquella recomendación y Dereck lo sabía, pero a pesar de eso la formuló.

—Lo haré, John, querido —replicó ella—. ¿Algo más?

—No.

—Correcto. Si viene alguien, haré funcionar el claxon.

Dereck no respondió.

Se volvió de espaldas a ella y se acercó a la ventana.

Cuando consiguió abrirla se volvió a mirarla, pero Velda no le vio porque ya se encontraba avanzando en dirección adonde había estacionado el «Cadillac» por lo que respiró satisfecho.

Luego se encaramó sobre el alféizar y saltó al interior de la cabaña.

Cuando media hora más tarde abandonó el edificio. Dereck se encontraba en el mismo punto de partida y Velda O'Hara junto a una de las esquinas de la cabaña cuando el creía que estaba en el interior del coche.

Y fue ella la primera en romper el silencio:

—¿Y bien, John? —preguntó.

—Nada. Es decir; solo en el suelo, marcado con tiza, el lugar donde cayó esa pelirroja. Por lo demás, ni una sola huella. Por esta vez, el teniente Mac Harrison no ha dejado nada para mí.

Velda no respondió, pero como cada vez que el nombre de Mac Harrison salía a colación por una causa u otra, su bello rostro se nubló.

—¿Nos vamos?

Dereck miró alrededor antes de responder:

—Desde luego, querida. Aquí ya hemos perdido demasiado tiempo.

—¿Dónde vas a llevarme ahora, a casa?

Dereck la miró atentamente, pero ni en su expresión ni en sus ojos pudo saber si se le burlaba o no, por lo que respondió:

—¿Y tú no prefieres otra cosa...?

—¡Oh! Claro que no, amor. Es muy tarde y a mí me gusta ser una niña buena.

Dereck soltó un resoplido y no replicó.

Se limitó a prenderla del brazo y a tirar de ella hacia el coche.

Apenas si les faltaban un par de yardas para llegar cuando frente a ellos, en el cristal del parabrisas apareció un pequeño agujero, mientras aquel se astillaba formando una estrella.

Velda no tuvo tiempo de avisarle, ni de dar el más ligero grito, ni de gastar una broma más o menos pesada, si es que en aquel momento tenía ánimo para ello, ya que Dereck, hizo exactamente lo que ya hiciera en la carretera 21 y de eso hacía muy poco; la empujó con el hombro en tanto llevaba la mano a la funda de la axila y el cristal, ahora, y debido al segundo balazo, saltaba en mil pedazos salpicando el asfalto y sus alrededores con granitos brillantes como perlas, y con la minifalda por la cultura, dio un par de vueltas sobre sí misma y desapareció tras uno de los macizos de flores junto en el momento en que Dereck se desplomaba de costado, ya con el arma en la mano.

El silencio persistía por lo que comprendió que les estaban disparando

con un arma provista de silenciador, y por tanto no se movió.

—Esperaba.

Fue muy poco.

Unos segundos o tal vez un minuto.

Nunca lo supo con seguridad, pero de un modo repentino hasta sus oídos llegaron las rápidas pisadas de una persona alejándose de allí a todo correr.

Dereck permaneció sin moverse, hasta que de un modo repentino se puso en pie.

Muy cerca de él, Velda le imitó y empezó a acercarse en el preciso instante de que al otro lado del macizo de árboles que tenían a su derecha se oía la violenta arrancada de un coche.

Dereck maldijo unas cuantas veces corriendo ya hacia el «Cadillac», llevando a Velda a la zaga que no llegó a tiempo ya que éste arrancó casi al instante de subir al coche.

Velda quedó allí, con los ojos muy abiertos, con la minifalda arrollada a sus bellos y largos muslos, completamente inmóvil, hasta perdió de vista las luces piloto.

Sólo entonces se movió para colocarse el bolso en bandolera y sin pensarlo dos veces empezó a andar buscando la carretera que debería conducirla a Nueva York, pensando *in mente* que con unas piernas y con una carrocería como la suya, no le sería difícil que cualquier conductor detuviera el suyo a su lado y se ofreciera a llevarla.

Para que luego dijera John que...

¡Al diablo con él!

Y tras este consolador pensamiento, Velda O'Hara continuó andando.

* * *

Apenas abandonar el bien pavimentado camino que conducía desde la carretera al motel, y entrar en aquella, Dereck comprendió que jamás alcanzaría el coche que llevaba delante, y no obstante «pisó» a fondo y el cuentamillas empezó a subir.

Sesenta, setenta, setenta y cinco... ochenta... noventa...

Dereck vio cómo la curva se le echaba encima a la misma velocidad que un meteoro y levantó el pie del acelerador y tocó suavemente el freno.

A pesar de eso el «Cadillac» la tomó sobre dos ruedas, patinó un poco y las cubiertas chillaron sobre el asfalto lanzando un lastimero gemido que amenazó con desquiciarles los nervios justo en el momento en que debía tenerlos más firmes... y volvió a pisar tan pronto como el coche abandonó el centro de la curva por lo que entró en la nueva recta a más de cien millas por hora.

Delante de él, un convertible volaba sobre el asfalto.

Un convertible que llevaba en su interior a un asesino.

Más allá, casi en los confines del horizonte, las luces del Manhattan parecían llamarle.

Era como si quisieran atraerle... tal vez para que encontrara la muerte entre su asfalto. Aquella jungla de asfalto en la que se había acostumbrado a desenvolverse, matando la mayoría de las veces, para no ser muerto a su vez.

Luchando por mantener una ley que él mismo, y para lograr aquellos fines, la mayoría de las veces tenía que bordearla, como había ocurrido aquella misma noche cuando violó los precintos de la policía.

Entre tanto, mientras pensaba, teniendo la «Magnum» a su lado, sobre el otro asiento, el que había ocupado Velda no hacía mucho, el cuentamillas saltaba de las ciento treinta y cinco a las ciento cuarenta.

Manhattan se le echaba encima con la misma velocidad que una bala.

Delante, siempre delante, el convertible atravesaba en aquel momento el primer disco.

Dereck soltó una maldición y empezó a pisar el freno doscientas cincuenta yardas antes de llegar, dejando tras sí largas tiras negras sobre el asfalto y chillido de cubiertas, hasta que consiguió dominar el coche y detenerlo a menos de quince del disco, ahora rojo para él.

Por delante, el convertible había desaparecido.

Dereck introdujo la mano en el bolsillo de la americana, sacó un arrugado cigarrillo, le prendió fuego, justo en el momento en que el disco cambiaba a verde, pero aquello ya no hacía falta por lo que pensando en Velda maniobró para dar la vuelta y a buena velocidad empezó a acercarse al motel que acababa de abandonar.

Durante el trayecto se cruzó con varios coches por lo que no era extraño de que al llegar no la encontrara en parte alguna por lo que maldiciendo en todos los tonos, furioso consigo mismo y con aquel caso que desde que empezara le estaba obligando a dar palos de ciego, regresó a Nueva York, buscando el camino más recto para ir a su apartamento.

Apenas entrar, Dereck se sobresaltó.

Nada había en su sitio.

Parecía como si un ciclón hubiera devastado el interior de su apartamento... o la obra de un loco.

Los cuadros habían sido arrancados de las paredes, los cajones de las mesas desfondados, los papeles esparcidos por el suelo, y ni el dormitorio se había saldado del brutal registro que lo había destrozado todo o casi todo.

En el *living* había cuatro personas.

Dereck conocía a dos de ellas, pero no a las otras dos.

Y de las cuatro, tres estaban sudando y al mirarles, supo exactamente

porque sudaban.

Velda... sentada en el pico de la mesa, cabalgando una pierna sobre la otra, dando fe de que la minifalda servía para algo más que para llevarla puesta, con una tímida sonrisa en los labios, como si se tratara de un general en plena batalla, les contemplaba fijamente, o debía de estar contemplándoles, con entera desfachatez, ya que al oírle entrar se volvió a mirarle y entonces la tímida sonrisa que había, en sus labios se volvió en extremo burlona.

—Hola, pesquisa —saludó. Saltó al suelo, la minifalda recobró su posición normal y ella añadió—: Te presento a míster Elmer Tracy, Frank Donalson... y al teniente Mac Harrison, que como siempre apesta el apartamento.

—¡Velda!

—Sí, claro, ya lo sé, querido. Calladita como una niña buena —hizo una ligera pausa y exclamó mucho antes de que Dereck pudiera pronunciar palabra, ahora con los ojos fijos y más helados que nunca, en la figura del teniente—: ¡Ah! Esos dos, John, son del FBI.

Dereck se envaró mientras que los tres, incluyendo a Mac Harrison, claro, se ponían en pie.

—¿Son ustedes los que han hecho esto aquí? —preguntó fríamente—. Si es así, creo que tendrán que mostrarme...

Mac Harrison le interrumpió.

—Entramos los cuatro juntos y porque *miss* O'Hara nos abrió la puerta, pesquisa, ¿comprende? y nos encontramos con el cuadro. Vamos, Dereck, desembuche, qué guarda en el apartamento para...

—Un momento, teniente —interrumpió Donalson—. Deje que lleve las cosas a mi manera.

Mac Harrison no contestó.

Se dejó caer en la silla, que como las demás se mantenía milagrosamente en pie y les miró alternativamente en espera de que el federal continuara hablando, lo que no tardó en ocurrir:

—Estamos buscando algo que se perdió en San Francisco, Dereck, y creemos que usted lo tiene.

Dereck les miró a los cuatro incluyendo a Velda que a su vez les observaba con los grandes y hermosos ojos cargados de inocencia.

—Explíquese, ¿quiere?

Hubo una pausa que inesperadamente rompió el llamado Tracy:

—Si no usted, sí su secretaria.

—Velda... ¿Y qué tiene que ver mi secretaria con todo esto?

El federal hizo una mueca y contestó:

—Aún no lo sabemos con seguridad y...

—¿No lo saben...? ¿Quiénes?

—El Departamento Federal, Dereck... y con él, Washington.

Dereck tardó en responder unos cuantos segundos tratando de ordenar sus pensamientos, y cuando lo hizo fue para decir:

—¿Y...?

—Su secretaria fue identificada como la mujer que durante todo el vuelo acompañó a la pelirroja que posteriormente fue identificada como *miss* Liz Memphis.

—Y eso, ¿dónde nos deja, G-Men?

—No tardaremos en saberlo, si me deja terminar sin interrumpirme, Dereck. Esa mujer traía algo de suma importancia que a su vez le fue entregado a ella por una persona a punto de morir, como lo prueba que fuera detenida apenas abandonar el aeropuerto de La Guardia, para ser asesinada poco después.

—Y a todo esto, ¿qué tiene que ver *miss* O'Hara...?

El federal hizo mi gesto con la mano y Dereck se interrumpió:

—Ahora llegamos a eso. Sabemos que cuando la detuvieron, *miss* Memphis no llevaba consigo nada más que sus efectos personales. Si me pregunta que cómo nos enteramos, le responderé que por la sencilla razón de que cierta potencia se está moviendo muy deprisa en este asunto... y que si *miss* O'Hara no habla, puede que esté muerta para cuando quiera hacerlo.

Dereck volvió los ojos hacia ella.

Velda tenía los suyos fijos en el federal, y no los apartó de allí cuando él preguntó:

—¿Qué tienes que decir a esto, muchacha?

—Exactamente lo que ya te dije cuando leí en el periódico lo del asesinato de esa pelirroja. Nada. Fuimos compañeras de viaje, pero no intimamos. Eso es todo.

Pero no lo era.

Ni para Mac Harrison ni para los otros dos, incluyendo, quizá, al propio Dereck, a pesar de que no respondió a aquellas palabras, tal vez porque Donalson se adelantó a sus deseos.

—Escuche, *miss* O'Hara —dijo suavemente—. Sabemos que usted tiene lo que estamos buscando. Si no... con pruebas, si la seguridad moral de que es así.

—¿Está seguro?

Dereck volvió a mirarla y supo que de un momento a otro, Velda iba a dar el estallido.

Nada en sus ojos ni en su semblante parecía indicarlo, tampoco en el tono de su voz, pero era así.

—Usted —prosiguió Donalson como si no la hubiera oído—, tiene prontuario policíaco. Déme eso, y pediré a Washington que le sea borrado.

Velda no miró a Dereck cuando avanzó hacia el federal moviéndose con la elasticidad propia de un felino.

—¡Un cuerno, G-Men! —estalló—. Eso es lo que voy a entregarle a usted, ¿entiende? A usted y a la ley. ¿Qué ley y qué infiernos coronados? ¿Prontuario policíaco...? Pregunte al teniente Mac Harrison y él... puede que le diga lo que voy a decirle yo: Ciertamente que pasé un año en la prisión de mujeres. Por tenencia ilícita de armas. Por lo menos eso fue lo que opinó el juez que me condenó, ¿comprende, federal? Pero no era cierto. El arma no era... —se interrumpió con los ojos brillantes y añadió ahora en tono más suave—: No servirá de nada el que me ponga más o menos furiosa, G-Men. Ahora, voy a decirle una cosa. No sé de qué me está hablando. Vi a esa pelirroja, incluso me dio su nombre y dirección, allá por la Novena Avenida, pero nada más. No obstante, si hubiera sido lo contrario, tampoco se lo devolvería a usted. A usted ni a nadie. ¿Borrarme el...? Si no fuera porque esa frase me resulta tan ridícula, querido, me echaría a reír.

—Eso no es lo que piensa el Departamento, *miss O'Hara*.

—No, seguro que no, si pensamos en usted, en exclusiva, ayudado por el teniente Mac Harrison. Pero no hay más, *míster Donalson*, ¿entiende? No más de lo que le he dicho. Ahora, si tiene pruebas contra mí, deténgame. Creo... que ahora no será como antes, y que a pesar de mi ficha policíaca, cualquier abogado puede desbaratar una acusación como esa. ¡Y de espía en contra de mi propio país! Vamos, federal, un poco de más formalidad, querido, que no soy una niña. ¿Y usted... usted es uno de esos G-Men al que todo el mundo admira? Usted... usted está completamente loco si cree una cosa como ésa de la pequeña Velda O'Hara.

Calló, interrumpiéndose a sí misma, momento que Donalson aprovechó para decir:

—¿Es eso todo cuanto se le ocurre, *miss O'Hara*?

Velda arqueó una ceja.

—Todo, porque no hay más de lo que le he dicho, G-Man.

—De acuerdo si así lo quiere —hizo una pausa y su voz se volvió extremadamente dura cuando dijo—: No salga de Nueva York sin que nosotros lo sepamos, *miss O'Hara*, o la haremos regresar de un modo que...

—¿Cree que eso me asusta, federal? Pues si es así se equivoca.

Pero estaba mintiendo, y Dereck lo sabía.

Donalson no respondió, se volvió a mirarle y dijo:

—Le espero mañana por la mañana en el Departamento, Dereck. Quiero hablar con usted.

—¿No le sería lo mismo sobre el medio día, Donalson?

El federal le miró suspicaz.

—Correcto —respondió—. Le estaré esperando.

Hizo una seña volviéndose hacia la puerta y Tracy y Mac Harrison se pusieron en pie.

Llegaban a la puerta que daba acceso al pasillo cuando el último se

volvió a mirarlos.

—No haga una de las suyas, Dereck —advirtió fríamente—, o le daré que sentir.

—¿Sí...? Escuche, teniente, ¿por qué no se larga a dormir sin amenazar, sabiendo que no asusta a nadie?

Mac Harrison no respondió.

Giró en redondo y cruzó el umbral yendo detrás de los dos federales, no sin antes haber cerrado a su espalda con sospechosa suavidad.

Dereck y Velda quedaron solos.

—¿Te parece bonito dejarme en medio de...? —empezó ella.

Pero Dereck la interrumpió, también, con una pregunta:

—¿Cómo llegaste aquí tan pronto, querida?

—Por mis piernas.

—¡No me digas que viniste andando, querida!

—Claro que no. ¡Pero tengo unas... extremidades que hasta por la noche brillan con luz propia... lo mismo que los ojos del tipo que detuvo un coche a mi lado para traerme hasta aquí.

—Entonces, ¿le gustaron?

—¿Mis piernas...?

—No. Las medias. Son preciosas. Eso fue lo que me dijiste cuando te las compré hace...

—¡Pero qué diablos...!

Calló.

Lo hizo al mirarse en sus ojos y darse cuenta que así, de aquel modo, en seco, Dereck, apenas terminar de hablar, había cortado todo lo que hubiera de broma en aquella conversación.

Y esperó.

Fue muy poco, apenas unos segundos, y Dereck dijo:

—¿Quieres mirar a ver si ha quedado sano el interior del frigorífico, Velda?

—¿Y si es así...?

—Busca por si encuentras la botella de *whisky*.

Y lanzó una mirada alrededor mientras ella daba media vuelta y le dejaba solo.

Encontró el *whisky* por lo que cuando regresó a su lado, minutos más tarde, llevaba en las manos sendos vasos más que mediados de licor, soda, y unos cubitos de hielo.

Le dio uno, se sentó frente a él, sin cabalgar las piernas, lo que no pareció importarle mucho a la minifalda, ni a Dereck, dicho sea de paso, ya que ni parpadeó, y esperó la pregunta, que éste formuló tan pronto como terminó de beber, aunque en honor a la verdad no fue una pregunta ni mucho menos.

—Y ahora, Velda, querida, vas a darme eso que quieren los federales.

—¡John!

—¿Sí, o no?

—Pero, John, si te he dicho la verdad, querido. Yo... hablé con *miss* Memphis, la que no me pareció preocupada ni mucho menos y... y... luego ocurrió lo del aeropuerto... y no hay más, querido. Te digo la verdad.

Dereck tardó escasos segundos en contestar, y al hacerlo, fue con algo que ella no esperaba ni mucho menos:

—Querrás conservar el empleo y permanecer a mí lado, ¿verdad?

—John...

Y había una infinita angustia en sus ojos cuando pronunció su nombre.

—Pues si es así, Velda, muchacha, dámelo de una vez y deja de jugar a los espías.

—Pero si yo...

Armándose de paciencia, como otras veces, Dereck la interrumpió:

—Estoy tratando de ayudarte, querida, ¿comprendes? El viejo John Dereck es un estúpido, pero la verdad es que no deseo que te ocurra nada. Si así fuera... Bueno, es mejor no hablar de ello, Velda.

Ella no respondió, pero el brillo de sus ojos se intensificó y sus senos se movieron desacompañadamente bajo la escotada blusa que llevaba puesta.

—Digas lo que digas, John, amor, no sé de qué me estás hablando. Ni

tú ni esos. Si la pelirroja traía consigo alguna cosa, y la escondió por miedo o por algo que no entiendo, se llevó el secreto a la tumba. John, y te estoy diciendo la verdad —e igual que hiciera Dereck, también miró alrededor y añadió en tono jocoso—: Creo que por unos días, amor, vas a tener que prescindir de la secretaria. Esto está horrible, y hay que arreglarlo.

Dereck no respondió.

Pensaba, y haciéndolo, adivinaba el deseo de Velda de cambiar rápidamente de conversación, y adivinándolo, tomó el vaso y empezó a beber viendo cómo le imitaba.

Acto seguido se puso en pie.

—¿Te marchas? Yo creí que por esta noche...

—No voy a irme —interrumpió Dereck.

Y volviéndose de espaldas avanzó hacia la habitación.

Pero cuando entró llevaba a Velda pisándole los talones por lo que ambos se enfrentaron en medio de aquella desolación.

La ventana abierta, que daba acceso a la escalerilla de emergencia atrajo la atención de Velda que empezó a acercarse a ella.

—Tuvo que salir por aquí, John —musitó suavemente. Tal vez los gorilas del FBI acompañados de tu migo el teniente Mac Harrison y yo, le asustamos al entrar en el apartamento.

Terminó de acercarse, hizo ademán de asomarse, y entonces llegó la bala.

Claramente oyó el silbido del proyectil y se apartó de allí pegándose a la pared cuando ya el segundo entraba por la ventana e iba a estrellarse contra la pared opuesta, junto al primero, mientras Dereck saltaba hacia el interruptor de la luz que apagó sumiendo el dormitorio en tinieblas.

—Velda, ¿estás bien?

En la oscuridad, ella inició una pálida sonrisa.

—Sí, claro —dijo suavemente—. ¿Qué fue eso, John?

—Alguien quiere quitarte de en medio, querida —respondió él brutalmente—, y te está disparando, seguramente desde la azotea de ese edificio que hay frente aquí, al otro lado de la calle. Y está usando un rifle con silenciador, mira telescópica y visor nocturno. ¿Qué les hiciste, querida, para que no tengan en cuenta ni tus preciosas piernas?

Por primera vez desde que la conocía, Velda no respondió a sus palabras, sino que con la espalda pegada a la pared, fue rodeando la habitación hasta encontrarse a su lado junto al interruptor de la luz.

—¿Y ahora, querido...?

—Voy a acercarme a esa ventana —y ella vio que tenía la «Magnum» en la mano y que sus ojos grises se mostraban herméticos y fríos— y me asomaré. Cuando lo haga, enciende la luz.

—Pero, John...

—Haz lo que te digo, muchacha.

Ella no respondió y Dereck se apartó de su lado.

Unos segundos más tarde Velda vio su sombra recortándose claramente en el centro de la ventana y su corazón latió como un loco cuando alargó la mano y tras una ligera vacilación encendió la luz.

Pasaron unos segundos de silencio, tan rápidos como un soplo, y entonces le oyó decir:

—Es lo que esperaba que ocurriera, Velda, querida.

—¿Y que es...?

—Bueno, sospechaba que esos balazos no iban contra mí y no me equivoqué —se volvió a mirarla y ella vio clavados en los suyos los ojos de Dereck. Entonces añadió—: ¿Quieres decirme de una vez la verdad, Velda? ¿Qué te entregaron en el avión que está a punto de costarte la...

—¡John!

Mirándola largamente, Dereck respondió:

—De acuerdo, Velda, no voy a preguntártelo más.

Y, ella dio la callada por respuesta.

* * *

Velda le miró tan pronto como entró aquella mañana, sobre las once del día, en la oficina.

—Hola, John, ¿puedo saber dónde has estado?

Dereck sonrió.

—Dormías cuando abandoné el apartamento, querida —dijo—, por lo que me fui sin querer despertarte —la miró dubitativo y añadió—: Dijiste que durante unos días...

—Sé lo que te dije, John, pero la pequeña Velda O'Hara tiene miedo a estar sola en el apartamento. Por tanto, su arreglo queda pendiente... lo que no me dice qué has estado haciendo esta mañana.

—¿No...? Bueno, fui a hacer una visita, pero no encontré a la persona que buscaba.

—¿En el departamento federal, querido? —preguntó con el gesto más inocente del mundo.

—Sí, claro. Dejé recado. Dije que volvería esta tarde.

—¡Oh! Pues no sabes lo que te has perdido en este tiempo, amor.

Dereck arqueó una ceja.

—¿Algún admirador de tu minifalda?

—¡No! ¡Claro que no! Esta oficina está muerta, John Dereck, por lo que prefiero ir al bar de O'Neill y sentarme en uno de los taburetes. Los clientes comparan mis extremidades con las de la chica del calendario.

—¿Y eso te hace feliz?

—¡Pues claro que sí, ya que tú no sabes apreciarlo como es debido! —

hizo una pausa y añadió—. Creo, pesquisa que voy a tener que buscar otro jefe... que mire más mi carrocería... y que no haga tantas comparaciones como tú. ¡Ah! Lo que te has perdido durante más de una hora, aún se encuentra —en tu despacho. ¡Diablos, John, es una cría y tiene... tiene...! Bueno, eso ya lo verás tan pronto entres ahí.

—¿Sí...? ¿Quién es?

—Entra y lo sabrás. Pero cuidado con sus piernas. Su minifalda es mucho más corta que la mía, querido.

—Lo tendré en cuenta, preciosa.

Velda no respondió porque apenas pronunciar aquellas palabras, Dereck dio media vuelta y empujó la puerta que daba acceso a su despacho.

Sentada en uno de los sillones, con la minifalda donde Velda había dado a entender que estaría, mostrando las piernas desde más arriba de medio muslo, Alice Memphis le sonreía.

—Hola, míster Dereck —saludó sin moverse del sillón—. Le estaba esperando.

—¿Algo importante?

Anee abrió mucho los ojos.

—Creí... que sería usted el que me diría algo, y por eso vine —hizo una pausa que Dereck no interrumpió y acto seguido añadió—: ¿Qué ha averiguado respecto a mí...?

—Tengo algunas pistas —respondió Dereck—. Y una de ellas... Bueno, puede que me lleve a la solución de este caso dentro de unas horas.

Ella no supo adivinar que se estaba refiriendo a su propia secretaria y preguntó:

—¿Puede adelantarme algo, míster Dereck?

Mirándola pensativamente respondió:

—Puede, ¿qué duda cabe? pero no lo deseo. No por el momento.

—¿Por qué?

—Porque el saber mucho sobre este caso, podría acarrearle un serio disgusto —se acercó hasta casi rozarla y añadió mirándola fijamente a los ojos—. Ahora voy a pedirle un favor, *miss* Memphis; que no vuelva por esta oficina, ¿comprende? Yo... me pondré en contacto con usted cuando lo estime por conveniente.

Hubo una pausa que duró segundos y que Alice rompió:

—¿Está tratando de asustarme, pesquisa?

—Ojalá fuera eso —respondió Dereck—. No, no estoy tratando de asustarla.

Alice se puso en pie.

—¿Entonces...?

Dereck la interrumpió con una pregunta:

—¿Ha tenido noticias de Peter Borden? Creo que me dijo que su

hermana y él...

—Sí —interrumpió ella—. Ayer me llamó por teléfono.

—¿Qué quería?

—Llevarme a bailar a uno de esos clubs nocturnos de Broadway.

—¿Y...?

—Iremos esta noche. Acepté porque... porque... creo que va a hablarme de Liz... y yo... yo...

—No se disculpe, por favor, *miss Memphis*.

Siguió una pausa mientras ella se acercaba a la puerta de salida, que el propio Dereck rompió con una nueva pregunta:

—¿A qué club piensa ir?

Alice le dedicó una sonrisa.

—Al Cisne Negro, míster Dereck.

—Correcto, que se divierta usted.

Eso fue lo que deseó.

Pero no añadió que aquella noche él también estaría presente en el club.

Dereck le acompañó hasta la puerta donde se despidieron y al volverse para regresar a su despacho se tropezó con los ojos inquisitivos de Velda.

—Supongo que me llevarás, ¿verdad, John?

En sus palabras había dinamita a pesar de que sonaron suaves en los oídos de Dereck, que preguntó:

—¿Llevarte...? ¿Dónde, muchacha?

Velda le guiñó un ojo, le dedicó una de sus tímidas sonrisas y respondió suavemente:

—Al Cisne Negro. Y no me digas que tú no vas a ir, porque eso sí que no lo creo en modo...

Dereck levantó la mano derecha con la palma hacia afuera, en señal de paz, y ella se interrumpió:

—De acuerdo, preciosa —dijo—, te llevaré, si eres una buena muchacha y me dejas salir ahora mismo.

—¿Para ir adonde?

—A dar un paseo.

—Pero, John, y no te da vergüenza dejarme aquí como una esclava sin tener a nadie a quién enseñarle las piernas y...

—¿Quieres hablar en serio de una vez, Velda, querida?

Ella le miró con gesto escandalizado.

—¡Pero, John! —dijo— Si eso es lo que estoy haciendo...

Dereck no respondió, le tiró un beso con la punta de los dedos, cerró a su espalda y abandonando la oficina fue hacia el ascensor, cuyo botón de llamada pulsó a continuación.

En el despacho, Velda pensaba:

Miraba sin ver los papeles esparcidos sobre su pequeña mesa de

despacho, con el ceño fruncido y una mueca en sus rojos y sensuales labios.

Meditaba sobre John Dereck, y en la visita del teniente Mac Harrison, acompañado de dos tipos del FBI.

Recordando también a la pelirroja asesinada.

En el viaje que ambas habían hecho juntas y en las consecuencias que para ella había tenido todo, sin excluir del caso las dos veces que habían querido asesinarla.

¿Quién y por qué?

El porqué ya lo vislumbraba aunque no con absoluta claridad debido a la presencia en escena de los dos agentes federales.

Ahora quedaba «el quién», y Velda se preguntaba si no sería cualquiera de los muchos pasajeros del vuelo 500, que fuera siguiendo a la pelirroja y luego, cuando a aquella no le encontraron encima lo que buscaban la mataron y ahora la seguían a ella con auténtico fin.

¿Quiénes...?

Al formularse la pregunta, Velda apartó los ojos de los papeles y entonces la vio.

En el centro de la puerta, observándola atentamente y sin poderlo evitar, la examinó fríamente, sin pasión, desde la altiva cabeza rubia hasta los rojos zapatos, y se dijo que tenía unas piernas preciosas y que era una lástima que John Dereck no estuviera allí, para admirarla también.

—¿Miss Velda O'Hara?

Los negros ojos de ella se crisparon levemente como única señal de la violenta sorpresa que experimentó ante la pregunta.

—Soy eso que dice —replicó calmamente—. Y usted, ¿quién es? Pero a todo esto, pase y siéntese, querida.

Y con un gesto de la mano le indicó uno de los sillones que había frente a su mesa, acto seguido cabalgó una pierna sobre la otra, como si quisiera hacerle patente a la rubia que las suyas no se podían comparar ni con las de la chica del bikini en el bar de Olsen O'Neill.

La rubia se sentó.

—¿Y bien...?

—Deseo hablar con usted, ahora que míster Dereck no se encuentra aquí.

—¿Cómo lo sabe?

La, rubia le sonrió.

—Le vi salir —afirmó un tanto fríamente—, y entonces subí.

Velda tardó unos segundos en contestar.

—De acuerdo, querida —dijo con no menos frialdad—. Le vio salir, subió, y ahora, ¿qué quiere? Pero antes, ¿quién es usted?

La sonrisa de la rubia se acentuó.

—Mi nombre no le dirá nada, *miss* O'Hara.

—No, posiblemente, no; pero puede darme uno cualquiera para que nos entendamos durante la conversación, ¿no?

—Sí, claro. Perdona, pero no había caído en eso —calló durante breves segundos, como si tratase de pensar cualquier nombre, hasta que prosiguió—. Puede llamarme Esther Morris. Ese es mi nombre.

—Correcto, *miss Morris*, ¿qué es lo que quiere?

La rubia sonrió una vez más, pero el bello rostro de Velda se mostró completamente impasible, esperando la respuesta, que no tardó en llegar, y que también se tradujo en una pregunta:

—¿No lo sabe?

—No, desde luego, no.

—Bien, le ofrezco cien de los grandes si me entrega lo que cierta pelirroja le dio en el avión, el día en que ambas regresaron de Frisco.

—¿Por qué cree que me dio algo?

—Por la sencilla razón de que ella no tenía nada sobre sí misma cuando... cuando... Y en todo el vuelo solo habló con una persona, con usted, *miss O'Hara*.

Velda se puso en pie y cuando la rubia creía que la iba a despedir, ella se volvió de espaldas y se acercó a la ventana.

Por debajo, los coches que iban de un lado pon otro, lo mismo que si fueran de juguete.

Ensimismada en sus propios pensamientos permaneció observándolos hasta que de un modo repentino se volvió, enfrentándola.

—La pelirroja, *miss Morris*, no me dio nada. Cuanto más pronto se meta eso en la cabeza, tanto mejor.

—¿Está segura?

—¿Y por qué no?

Siguieron unos segundos que rompió Esther.

—De acuerdo, querida —dijo—, pero no diga después, si le ocurre algo, que no se lo advertí. Y piénselo, cien de los grandes son muchos dólares.

—¿Qué puede ocurrirme? ¿Un nuevo atentado contra mi vida, como el de anoche?

La rubia arqueó una ceja.

—Puede ser... Quizá con un poco más de suerte. Vamos, *miss O'Hara*, que cien mil...

—Es demasiado poco, si miramos las circunstancias.

La rubia Esther la miró fijamente, como tratando de adivinar en lo que estaba pensando, pero aquellos negros y obsesionantes ojos estaban tan impasibles como su hermoso rostro de muñeca morena.

—¿Cuánto pide usted, querida?

Velda la miró de hito en hito.

—¿Y usted, cuánto ofrece? —preguntó a su vez.

Esther pensó rápidamente.

—Ciento cincuenta mil, *miss O'Hara* —dijo—. Piénselo hasta mañana noche, pues no puedo subir más, comprende?

—Lo he pensado ya —fue la pronta respuesta que obtuvo de Velda—. Ahora que lo sabe, cómo y cuándo recibiré esos dólares.

Mirándola pensativamente, Esther respondió tras algunos segundos de silencio:

—Vaya esta noche a Central Park —sonrió—. Siéntese en el mismo banco en el que ya lo hizo una vez, la tarde en que conoció a *míster Dereck* —con lo que los ojos de Velda brillaron por espacio de unos segundos—, y espérenos.

—¿Vendrá usted?

—No lo sé.

—Entonces, ¿cómo les reconoceré?

—Le pedirán un cigarrillo, responda que no tiene, y la persona que vaya la invitará a abandonar el parque diciendo que los suyos se encuentran en su coche, estacionado no lejos de allí. Vaya con ella. El coche será un «*Morris*», con el volante a la izquierda. Usted sabe que esa marca de coches lo llevan a la derecha. Por tanto, no habrá confusión.

Velda tardó varios segundos en contestar.

—¿Sobre qué hora tengo que estar allí?

—Esta noche, pero no más tarde de las ocho y media, *miss O'Hara*.

Esther se puso en pie y se acercó a la puerta de salida.

Velda no se movió.

La miraba, pero la rubia cruzó el umbral y se alejó en dirección al ascensor, sin volver ni una sola vez la vista hacia atrás.

Media hora más tarde abandonó el despacho, tomó un taxi, y a partir de aquel momento deambuló de un lado para otro y, de haberlo visto, incluso Dereck se hubiera asombrado y maldecido al ver en qué gestiones se había metido.

Al parecer, como otras veces —hubiera pensado—, cierta secretaria empezaba a campar por sus respetos.

No le hicieron esperar.

Dereck tampoco lo esperaba, pero a pesar de eso se sorprendió un tanto al ver con la premura que le llevaron a presencia de Donalson, tan pronto como dijo quién era.

Tracy se encontraba con él, sentado junto a una enorme mesa, en el interior de un destartelado y gris despacho, un teléfono al lado del segundo, y ambos en mangas de camisa, los ceniceros llenos de colillas, y ceniza por todas partes, incluyendo las gastadas baldosas del piso.

Donalson fue el primero en hablar, señalando uno de los no menos destartelados y viejos sillones.

—Siéntese, Dereck, y hablaremos.

—¿Respecto a qué?

—A *miss* O'Hara. Supongo que no le molestará, ¿verdad?

Dereck se dejó caer en el sillón que le ofrecían y respondió con otra pregunta:

—¿Qué hay de *miss* O'Hara?

—Escuche, Dereck, queremos ese microfilm, ¿comprende? y la chica lo tiene.

—¿Sí...? ¿Tienen algún testigo de que la pelirroja Liz Memphis se lo diera a ella, en el supuesto de que se trate de eso que me ha dicho?

Siguieron varios segundos de silencio que rompió Tracy.

—*Miss* O'Hara lo tiene, Dereck. Por muchas razones. Es... la única que en todo el trayecto habló con la pelirroja. De no ser así, ¿quiere decirme que hizo con él? Vamos, Dereck, mi Departamento no quiere pensar que está usted encubriendo una cosa como ésa.

La nueva pregunta de Dereck fue en extremo irónica.

—¿Y debo estarles agradecido por eso?

—Eso es lo que esperamos, Dereck. Por tanto, si no lo está encubriendo, trate de convencerla para que dé el micro...

—¿Y por qué he de hacer una cosa como ésa?

—Por la sencilla razón de que *miss* O'Hara es amante de usted, Dereck. Algo que no puede negar, ya que eso lo sabe todo el Departamento de Homicidios y ahora el federal.

—Por boca del teniente Mac Harrison, ¿verdad?

Tracy hizo una mueca y soslayó la respuesta.

—No le hemos llamado para discutir sobre esto o lo otro, Dereck, sino

para pedirle que nos ayude.

—En contra de mi secretaria, ¿no?

—En contra de ella, sí.

Dereck se puso en pie y los dos federales le miraron con asombro.

—Ella no tiene lo que buscan, federal —dijo triturando las palabras con los dientes—. Busquen por otro lado y tal vez acierten.

Pero ni él mismo estaba seguro de lo que decía.

—¿No...? Bueno, pesquisa, quizá usted piense de ese modo pero nosotros no, y en Washington tampoco, por lo que por última vez voy a pedirle que trate de convencerla para que nos lo entregue. No le ocurrirá nada. Su nombre será borrado de los prontuarios policía...

—¿Cree que eso nos importa a ella y a mí?

—No. Estoy seguro que no, pero si ocurre así, para cualquier circunstancia, las cosas serán más difíciles para *miss* O'Hara, ¿no?

Dereck sabía que llevaba razón, pero no respondió.

Es decir, lo hizo, pero con una pregunta que cambiaba en menos de un segundo todo el curso de la conversación.

—Además de mi secretaria, ¿de quiénes sospechan?

Los dos federales se miraron entre sí, y ahora el encargado de dar la respuesta fue Donalson:

—De algunas personas, Dereck.

—Eso no dice nada.

—No, desde luego que no, pero nosotros tampoco podemos decir más —hizo una pausa y prosiguió tras unos cuantos segundos de silencio—: Escuche, Dereck, nuestros agentes hicieron una redada en Chicago y otra en San Francisco, y pescamos a unos cuantos tipos, pero nos falta el enlace con cierta embajada y está aquí en Nueva York —Dereck sabía que aquello podía ser cierto, ya que de no ser así, nadie hubiera atentado contra la vida de Velda—, y tratamos de dar con él.

—¿Y creen que es mi secretaria? —preguntó con sarcasmo.

—No. Pero sí que esté en combinación con él.

En otras circunstancias, John Dereck hubiera reído pero ahora no lo hizo.

Se limitó a ponerse en pie y les miró alternativamente.

—¿Algo más? —preguntó.

Los dos federales le miraron.

—Nada más de lo que hemos dicho, pesquisa. Convenza a su secretaria antes de que sea demasiado tarde. A *miss* O'Hara, según tengo entendido, le gusta complicar las cosas..., lo que en estos momentos puede redundar en..., en... Bueno, Dereck, ¿para, qué se lo he de decir si usted lo sabe tan bien como yo?

Era verdad, por lo que no respondió.

No como Donalson esperaba que lo hiciera, y no con una pregunta

como así fue:

—¿Qué era lo que traía la pelirroja, Donalson?

El G-Man guardó unos segundos de silencio y encaró a su compañero.

—Díselo tú, Tracy —pidió.

Siguieron unos segundos de silencio y respondió:

—La reproducción exacta de lo que pudiera llamarse un módulo lunar... aunque no lo es ni mucho menos.

—¿No?

—No. Se trata del cohete... del primer cohete que alcanzará Marte en fecha próxima, y que también irá tripulado, ¿comprende lo que esto supondrá para cierta potencia si cae en sus manos? Vamos, pesquisa, traiga a *miss* O'Hara si no logra convencerla para que le entregue...

La sonrisa de Dereck le interrumpió.

—No voy a hacer nada de eso y usted lo sabe, Tracy —dijo fríamente—. Si quieren, vayan por ella, que después, voy a intervenir yo.

Y no quiso decirles que una mujer llamada Alice Memphis había pagado para que lo hiciera.

Quizá por eso le sorprendió la respuesta del federal:

—¿Y para eso tenemos que traernos a *miss* O'Hara, Dereck?

Durante unos segundos no supo qué decir, hasta que respondió:

—No, creo que no —vaciló otros tantos y preguntó—: ¿Puedo irme ya?

Los dos federales volvieron a mirarse y finalmente, Donalson preguntó:

—Si le necesitamos, Dereck, ¿dónde podremos encontrarle?

Sonrió.

—En mi despacho o en mi apartamento. O mirando las piernas de la chica del calendario del bar de Olsen O'Neill. ¿Vio a la chica, federal? Pues es interesante y... decorativa.

Dio media vuelta y se alejó hacia la puerta, la abrió y salió fuera sin que ninguno de los dos dijera nada en contra.

Empuñó el volante una vez en el interior del «Cadillac» y ya no se detuvo hasta que no alcanzó un *snack bar* donde pidió una cerveza y un bocadillo de jamón.

Devorándolo, pensaba.

En las vacaciones de Velda, en el asesinato de la pasajera del vuelo 500, en el robo de un microfilm, quizá en el mismo cabo Kennedy, y en todo lo ocurrido hasta el momento.

La pelirroja Liz Memphis había entregado a Velda cierta valiosa información y ella... ahora no quería hablar, y a pesar de todo, la comprendía.

Tenía miedo.

Exactamente como otras veces, Velda tenía miedo a verse complicada en algo tan turbio como es el espionaje sin al parecer darse cuenta de que callando aún se complicaba más.

De nada servían para ella las promesas de los federales de borrar su nombre policiaco de Nueva York.

No se fiaba, no les creía aun en el supuesto que le estuvieran diciendo la verdad, y por el momento, en particular, él no tenía por qué creer lo contrario.

Terminó con la cerveza y el bocadillo, abonó la consumición y regresó a la calle.

Ya en el interior del coche, Dereck dudó en la dirección a seguir.

La verdad es que hasta la hora de la cita con Velda para llevarla a Broadway, nada tenía que hacer, por lo que pensó que debería darse una vuelta por el bar de O'Neill, y no precisamente por el bikini negro de la chica del calendario, sino por si encontraba a la rubia Esther Morris, cosa que dudaba.

No obstante, y a pesar de sus dudas, empuñó el volante, arrancó y tomó aquella dirección.

No había ninguna rubia sentada en alguno de los taburetes, con la minifalda muy por encima de medio muslo, pero la chica del calendario continuaba allí como otras veces, como siempre, por lo que respiró un tanto decepcionado y tomó asiento en la barra del mostrador.

Con la misma sonrisa de siempre, O'Neill se le acercó.

—¿Qué le sirvo, míster Dereck? —preguntó.

Pensó en la cerveza, en el bocadillo de jamón, y pidió encogiéndose levemente de hombros:

—Un *whisky*.

Se lo sirvió.

—Vio a la rubia.

Olsen frunció el ceño.

—No, míster Dereck —dijo—, desde aquel día, no ha vuelto por aquí.

Dereck maldijo *in mente*.

No sabía quién pudiera ser, no sabía dónde encontrarla y regresar al motel se le antojaba ridículo. El dueño no añadiría nada más a lo dicho, a no ser que fuera detenido por los federales y éstos no lo harían sin tener pruebas suficientes para llevarle delante de un tribunal.

Dereck sabía cómo trabajaba el FBI y por tanto descartó el pensamiento mientras tomaba el vaso para beber.

Fue entonces cuando volvió a pensar en Velda.

Miró el calendario, saltó del taburete al suelo y fue a la cabina telefónica.

Disco.

Velda no se encontraba en la oficina.

Volvió a discar... y desde el apartamento le llegó la señal de llamada, pero nadie le contestó, por lo que con el ceño tormentoso regresó a la barra, e hizo una seña a O'Neill que se le acercó.

—¿Ha venido miss O'Hara? —preguntó.

—No. ¿Ocurre algo?

Dereck forzó una sonrisa, que le salió perfecta.

—No, nada —dijo—. Telefoneé a la oficina y no está allí. Creía que había venido aquí.

—Estará en su apartamento, ¿no?

—Sí, posiblemente, sí. Ahora telefonearé. Y gracias, O'Neill.

El irlandés se apartó de su lado, alejándose hacia el otro extremo del mostrador, mientras que Dereck tomaba el vaso y se lo llevaba a los labios.

Consultó el reloj preguntándose dónde diablos estaría metida Velda a aquella hora... y se sobresaltó cuando una extraña idea le golpeó el cerebro.

¡Velda y el microfilm!

Aquello era todo, aunque no por lo que él creía.

Ahora maldijo, y no fue *in mente* ni mucho menos, por lo que desde el otro lado del mostrador, O'Neill le miró atentamente pero no dijo nada.

Dereck terminó con el *whisky*, hizo una seña a O'Neill para que le sirviera otro y abandonando la barra se acercó por segunda vez a la cabina telefónica.

Velda no estaba ni en la oficina ni en el apartamento, cosa que ya esperaba.

Volvió a la barra y empezó a beber a pequeños sorbos, sumido en sus propios pensamientos, hasta que terminó con aquel segundo *whisky*.

Fue entonces cuando, sin lanzar una sola mirada a la chica del bikini negro, abandonó el taburete y salió a la calle.

Luego, como guiado por un sexto sentido, Dereck deambuló de un lado para otro siguiendo con precisión matemática todos los pasos que Velda había dado con anterioridad, pero se olvidó del más importante, efectuar cierta llamada telefónica.

Cuando terminó, creyendo encontrarla en la oficina o en el apartamento, buscó una cabina telefónica y por tercera vez en pocas horas, llamó a ambos lugares con idéntico resultado.

Al parecer, a Velda se la había tragado la tierra.

Cansado, un tanto furioso consigo mismo y con ella, Dereck consultó el reloj.

Era la hora de su cita con su propia secretaria.

Frunció el ceño, dobló el volante enfilando la 17 en dirección a Broadway.

¡Velda y el microfilm!

¡Maldita fuera ella y todas las mujeres habidas y por haber!

Pero ni él mismo creía en lo que estaba diciendo.

Dereck estacionó el coche frente a la puerta del club, cruzó al otro lado y entró.

La encerrada y circular pista, los vestidos largos que contrastaban fuertemente con las minifaldas, piernas más o menos perfectas y la orquesta de color.

Muchas mesas ocupadas y que se irían completando a medida que pasara la noche.

Empezó a andar por entre aquellas hacia la barra y entonces fue cuando la vio.

Pero no era Velda ni mucho menos.

Sentada en una de las mesas, con la minifalda por encima de los largos y perfectos muslos, con un «Manhattan» frente a sí misma, completamente sola, se encontraba Alice Memphis.

Dereck se detuvo casi en seco y miró alrededor.

Excepto ella, a nadie conocía allí.

Velda seguía brillando por su ausencia, por lo que sin pensarlo dos veces cambió de dirección y se acercó a la mesa.

Durante unos segundos, su sombra se abatió sobre ella, que no se movió hasta varios segundos más tarde. Sólo entonces levantó los ojos, que casi al instante expresaron sorpresa y acto seguido le dedicó una sonrisa.

—¡Usted! —sus ojos brillaron esperanzados—. ¿Me buscaba, míster Dereck?

Y a medida que hablaba, con un gesto de su mano le indicó una de las sillas que había o su lado, para que se sentara.

Dereck lo hizo así y respondió:

—No, *miss* Memphis, por el momento, no —sonrió—. Tenía una cita con mi secretaria, aquí, y por lo que veo no ha venido aún, o me ha dado plantón.

La sonrisa de Alice Memphis se amplió y luego lanzó al aire una discreta carcajada.

—Por lo visto, míster Dereck, esta noche vamos a tener que consolarnos los dos.

Dereck arqueó una ceja.

—¿Por qué?

—Como ya le dije, yo también tenía una cita en este club, con míster Borden, y tampoco ha venido.

Dereck tardó varios segundos en asimilar aquellas palabras, y fue entonces cuando saltó materialmente sobre el asiento, ante la mirada sorprendida de ella.

—¿Repita eso, quiere? —preguntó.

Y ella, mirándole cada vez más sorprendida, replicó:

—Sencillamente, que el amigo de mi hermana, Peter Borden, me ha dado plantón... por lo menos hasta el momento —de un modo repentino abrió mucho los ojos y exclamó—: ¿No me irá a decir que...?

Dereck la interrumpió con una pregunta:

—¿Puede decirme dónde se encontraba Borden el día en que mataron a su hermana?

—¡Míster Dereck! Eso no es posible. No voy a creerlo, no lo creeré nunca ni aunque...

—¿Puede...?

Alice denegó con la cabeza.

—Eso es difícil de explicar, misten Dereck —dijo—. O mejor dicho; de saber. Míster Borden viaja mucho. Siempre está yendo de un lado para otro, por lo que...

Dereck hizo un gesto y la muchacha se interrumpió mirándole con los ojos muy abiertos, hasta que añadió en vista que después de haberla interrumpido, no decía nada:

—Eso no tiene que ver con todo esto, míster Dereck. Cualquiera puede ir de un lado para otro sin necesidad de que sea un asesino.

Era verdad, Dereck lo sabía, pero había algo más, por lo que no respondió.

Había, entre otras cosas, la ausencia de Velda.

Fue a decir algo, pero la repentina presencia de una de las camareras, sus piernas de ensueño envueltas en medias de malla negra, le interrumpió.

Dereck pidió otro «Manhattan» y cuando la muchacha se alejó hacia el mostrador, volvió los ojos hacia el bonito semblante de Alice Memphis.

—No —dijo—, en eso lleva razón.

—Pero no le he convencido, ¿verdad?

Dereck sonrió.

No lo deseaba, pero a pesar de todo sonrió.

—Continúa llevando razón, querida —dijo.

Y ella se puso en pie.

—¿Sería mucho pedirle que me invitara a bailar, míster Dereck? Nunca me he sentido arrullada por un pesquisa inteligente, y mucho menos que éste me tenga en sus brazos, aunque sea bailando.

Dereck la imitó, la prendió de un brazo y tiró de ella hacia la barra, pero ninguno de los dos llegó.

Sentada sobre uno de los taburetes, con la minifalda a medio muslo, una pierna sobre la otra, Velda contemplaba el fondo del vaso que tenía sobre sí misma, como si del interior del mismo fuera a encontrar la inspiración que le faltaba.

Luchaba entre acercarse al teléfono y llamar a Dereck, o no hacerlo.

¡El querido John que había sospechado de ella cuando la solución era tan sencilla!

¡Claro que sabía dónde se encontraba el microfilm, pero solo guiándose por lo que había oído a los dos miembros del FBI, y nada más!

Nunca lo tuvo.

La pelirroja asesinada jamás se lo dio ni tampoco le habló de él. Cierto que pudo hacerlo y que tanto la policía como el FBI tenían razón para sospechar de ella, pero las cosas no ocurrieron del modo que ellos pensaban.

Cierto también que podía estar equivocada en sus sospechas y si era así... no quería ni pensarlo.

Levantó el vaso y bebió un poco.

Miró alrededor.

Las miradas de los clientes masculinos que había en el bar chispeaban y Velda sabía por qué, con tanta certeza que estuvo a punto de lanzarles al rostro una de sus tímidas y simpáticas sonrisas.

Pero no lo hizo.

Velda consultó de nuevo el fondo del vaso, lo apuró ahora de un solo trago, abonó la consumición y salió a la calle.

Había adoptado la determinación de darle una lección a un pesquisa inteligente.

Durante varios minutos anduvo de un lado para otro hasta que logró encontrar un taxi y entonces dio la dirección.

Veinte minutos después se encontraba en la calle Treinta y Dos Oeste, una cuadra antes de llegar a su destino, y allí abandonó el coche.

De nuevo sobre la acera, Velda miró alrededor y al darse cuenta de que no era seguida, recorrió el trayecto que le faltaba a pie.

Número 795, apartamento 72, piso decimonoveno, letra C.

Utilizó el ascensor.

Ya en el pasillo buscó el número y frente a la puerta vaciló pensando en si no hubiera sido mucho mejor telefonar a Dereck.

Pero, ¿por qué?

¿Qué peligro podía haber para ella? Ninguno. Aquello no era ni más ni menos que una visita amistosa a una mujer que no sabía nada de nada, a una mujer que no tenía ni la más mínima idea de que consigo mismo llevaba dinamita.

Dinamita en el interior del...

Velda levantó la mano y llamó con los nudillos.

Transcurrieron unos segundos y volvió a llamar pero ahora pulsó el botón del zumbador.

Unos cuantos segundos de espera y la puerta se abrió.

Pero la figura que quedó enmarcada en el umbral no era una mujer, ni mucho menos.

Un hombre al que no conocía y que la estaba apuntando entre los senos con una automática de feo aspecto.

—¿Qué día...?

—Vamos, pasa pronto...

Uniendo la acción a la palabra, el desconocido le prendió de un brazo y la empujó hacia el interior del apartamento, mientras cerraba la puerta de una patada.

A continuación, Velda notó en su espalda la presión del cañón de la automática y pensó en que Dereck ya no la volvería a ver más.

Se estremeció sin poderlo evitar.

—Vamos, entre, y no grite.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que se encontraba frente a la puerta que daba acceso al *living* y la empujó suavemente.

Estaba iluminado, y Velda se detuvo en seco un segundo antes de cruzar el umbral llevándose las manos a los senos, porque lo que estaba viendo, salvo en una cosa, era idéntico a lo que ya viera en el departamento de la pelirroja Liz y en el que ocupaba John Dereck.

Era... como si un ciclón lo hubiera destrozado por completo, y algo más.

La azafata del vuelo 500 se encontraba caída en la alfombra, con un balazo en medio de la cabeza, con la falda por la cintura y una de las bellas piernas, la izquierda, doblada en un ángulo completamente inverosímil.

El bolso abierto y los objetos desparramados por el suelo, en el mismo desorden que reinaba en el interior del apartamento.

Velda notó cómo el cañón de la automática se le clavaba en la espalda un segundo antes de oír su voz.

—Siga adelante, pequeña —y de nuevo recordó a Dereck, que la estaría buscando, pues faltó a la cita que tenía con él aquella noche— Y no grite. No me gusta.

No respondió hasta que no se encontró al otro lado de la muerta.

—¿Quién es usted? —preguntó.

El desconocido le mostró sus dientes de lobo en una maligna sonrisa.

—Pongamos que soy... el enlace perdido. El tipo que tenía que entregar una cosa... y que hasta el momento no pudo hacerlo.

—¿Qué cosa?

La canallesca sonrisa se amplió.

—¿No lo sabe?

—No.

—Y no obstante, no se muestra muy sorprendida por lo que está viendo. ¿Por qué?

—Por la sencilla razón de que esto, sin contar el cadáver, claro, ya lo vi en otra ocasión.

—En el apartamento de una pelirroja, ¿verdad?

Velda sabía que era inútil negar y no lo hizo.

—Sí, claro —vaciló un poco y preguntó—. Y ahora que lo sabe, ¿qué es lo que va a hacer? ¿Matarme también?

—¿Qué espera que haga?

—No lo sé —calló de nuevo, pero añadió mucho antes de que el otro pudiera decirle una sola palabra—. ¿Y encontró lo que buscaba?

—No. Pero eso no importa, ya que espero que me lo diga usted.

—¿Qué le diga yo, qué?

—Escuche, monada —respondió—, una pelirroja se llevó algo que yo deseaba, ¿comprende? Es decir, se lo dieron a ella con un encargo: el de traerlo a Nueva York, pero cuando descendió del avión ya no lo tenía consigo. Sólo dos personas podían saber dónde estaba oculto: usted y esa azafata.

—¿Y por eso la mató?

—Tuve que hacerlo. Me atacó lo mismo que una pantera tan pronto como tuve un momento de descuido con ella. Ahora, como ve, he registrado este apartamento y no lo encontré. Por tanto, queda usted.

—¿Por qué yo, precisamente?

La respuesta que recibió no sorprendió a Velda:

—Porque usted era la muchacha que acompañó a Liz Memphis durante todo el viaje, ¿entiende?

Velda tardó varios segundos en contestar y cuando lo hizo fue para preguntar:

—¿Y no ha podido pensar que eso que usted busca se encuentre ya en otras manos? En las del FBI, pongo por ejemplo.

—Ni usted misma cree eso... Pero escuche lo que voy a decirle, muñeca. Si dentro de treinta segundos no me entrega ese microfilm, la mataré, y luego compondré esto de modo que todo el mundo crea, entre ellos la policía Metropolitana y los G-Men, que se mataron mutuamente. Ahora, lo que ya no podré componer será... Bueno, muerta usted, queda

John Dereck, ese maldito...

—¿Espera que lo tenga él?

—Eso está aún por ver, *miss O'Hara*, ¿comprende?

—Sí, creo que sí.

Callaron.

Examinándose mutuamente, hasta que el desconocido rompió el silencio.

—El tiempo se le está terminando, muchacha. ¿No tiene nada que decirme?

Velda miró alrededor.

No había salida.

Sí, una, ganar tiempo a toda costa, esperando un milagro, que quizá no se produjera nunca, y entonces preguntó:

—¿Qué gano yo si se lo digo?

—La dejaré aquí, completamente atada y con una mordaza en la boca. Dentro de un par de horas telefonearé a la policía para que vengan a buscarla.

—¿Y cómo voy a confiar en eso?

—Eso es cosa suya y no mía. ¿Qué responde?

Velda denegó con la cabeza y añadió de viva voz, antes de que el otro pudiera interrumpirla:

—De acuerdo, la pelirroja me dio ese microfilm, si lo quiere... tendremos que pactar.

—No creo que esté en situación de hacerlo... Además de que la pelirroja no le entregó nada.

—¿No?

—No, ya que de haber sido lo contrario, usted jamás hubiera venido aquí. Ahora, que me diga que vino a buscar el microfilm porque sabe dónde lo escondió esa azafata, ya es otra cosa.

—Correcto, y ahora que sabe la verdad, ¿pactamos?

—No.

—Bien; en ese caso, puede disparar cuando quiera.

Pero estaba temblando cuando pronunció las palabras finales.

El otro negó con la cabeza.

—No voy a matarla, por el momento... Pero tenga en cuenta que hay muchas maneras de morir. Vamos, *miss O'Hara*, ¿dónde cree que esa estúpida lo escondió?

Velda volvió los ojos hacia el cadáver y se estremeció por segunda vez.

Sí, quizá dentro de poco estuviera muerta, junio a aquella otra que tan simpática había sido con ella durante aquel largo vuelo que tanto y tanto le había complicado la existencia.

—No lo sé.

Y al segundo siguiente oyó el taponazo de la automática, provista de

silenciador, y la bala le arañó la mejilla.

—Voy a continuar disparando, pero ahora sí tropezará con una bala, querida, pero no morirá, la voy a destrozar, disparo a disparo, hasta que me diga lo que quiero saber, ¿comprenden...?

—Usted ya no va a disparar contra nadie más, amigo...

Con una salvaje maldición, Peter Borden se volvió apretando el gatillo y la bala pegó al teniente Mac Harrison contra la pared, y nada más, porque en aquel momento Dereck apretó el gatillo de la «Magnum» y con un horroroso estampido la bala hizo dar a Borden una completa vuelta sobre sí mismo, y a continuación, soltando la automática que empuñaba, cayó de rodillas, con el hombro derecho tinto en sangre.

—John... ¡Oh, John...!

Y entonces se desmayó.

Mientras Donalson corría hacia el teniente de Homicidios, Tracy lo hizo en dirección a Peter Borden, no sin antes haber lanzado la pistola hacia uno de los rincones de una patada.

Dereck tampoco vaciló, se acercó a la caída Velda, la levantó en brazos y la depositó cuidadosamente en el sofá.

Sólo entonces se volvió a mirarlos.

Borden se encontraba con las esposas puestas y Tracy trataba de atajarle la sangre que continuaba manando de su hombro.

Por su parte, Donalson ayudaba al teniente Mac Harrison a que hiciera lo propio, hasta sentarle en uno de los sillones, que tuvo que levantar del suelo.

Desde la puerta, con un revólver calibre 22 en la mano, Esther Morris les miraba en silencio.

Revólver que guardó después de lanzar una mirada alrededor, diciendo:

—Tiene usted una secretaria muy astuta, Dereck.

El detective privado arqueó uno ceja.

—¿Sí? —preguntó—. ¿Por qué?

—Me hizo una jugarreta esta noche, pesquisa, y gracias a eso...

Miss Morris le explicó que, creyendo que Velda tenía el microfilm, la envió a Central Park, y cuando fue a recogerlo con Donalson y Tracy se encontró con que el teniente Mac Harrison, el sargento Foster y varios miembros más de la Metropolitana la estaban esperando.

La propia Velda, desfigurando la voz, les puso en antecedentes de que ella misma iba a entregarles un microfilm a cambio de ciento cincuenta mil dólares, y que si querían cazarla con las manos en la masa, no tenían nada más que presentarse en el parque a una hora determinada, pero no antes de las ocho y media de la noche, y fueron, para darse de manos a boca con el FBI.

Fue entonces cuando buscaron a Dereck, encontrándole en Broadway, el cual, a pesar de las circunstancias, no pudo menos que echarse a reír.

Velda creída que se trataban de espías, puso en antecedentes a la policía, sin saber que Esther Morris era una agente del CIA, cosa que al propio Dereck también tomó de sorpresa, tan pronto como la vio en el Cisne Negro en compañía de Donalson y Tracy.

—Y ahora, Dereck, ¿quiere decirme qué buscamos aquí?

La inopinada pregunta de Donalson cortó el hilo de los pensamientos y se volvió a mirarle.

—Eso, todos lo sabemos —lanzó una mirada alrededor del destrozado apartamento y volvió los ojos hacia el silencioso y expectante Borden, y añadió—: Quizá nos lo diga el propio Borden.

Este denegó con la cabeza.

—No lo encontré —dijo con la voz cargada de veneno—. No, pero tengo el presentimiento de que *miss* O'Hara, su secretaria, lo sabe.

Dereck miró hacia el sofá.

Velda les estaba mirando atentamente, solo con un ojo abierto y con una extraña sonrisa en los labios.

—¿Qué dices a eso, Velda? —preguntó Dereck.

Ella se encogió de hombros mirando desde allí mismo, sin moverse, todo el interior del apartamento y luego se puso en pie, mientras los ojos malignos del teniente Mac Harrison la observaban de pies a cabeza, ayudada por el propio Dereck.

—Creo, John —dijo—, que debemos registrar todo esto.

—¿Más aún?

Velda volvió a encogerse de hombros y miró a Esther que simuló no verla, quizá un poco rencorosa por la burla que había sido objeto, en Central Park.

—¿Y por qué no?

Los dos federales se miraron entre sí, se encogieron levemente de hombros, y Donalson dio la respuesta.

—Por probar no perdemos nada. ¿Por dónde empezamos?

—Por cualquier parte —respondió Dereck—, pero sugiero que Tracy se quede vigilando a Peter Borden.

Se hizo así, pero cuando iban a empezar, Velda dio la nota discordante al decir:

—Si les parece bien, *miss* Morris puede acompañarme a mí. No deseo que luego, si lo encuentro yo, contando con que esté en este apartamento, se sospeche de mí.

Mirándola atentamente, Dereck preguntó:

—¿Por qué *miss* Morris, Velda?

—Por la sencilla razón, querido, que viéndola aquí, sospecho que pertenece al servicio de contraespionaje, y que me tendió una trampa creyendo que yo sabía bastante más de lo que le había dicho, ¿no?

—Acertó, *miss* O'Hara —respondió la propia Esther—. Pero me la

devolvió con creces.

Velda le dedicó una sonrisa.

—¿Vamos? —preguntó.

Se desparramaron en todas direcciones, yendo las dos juntas, al tocador.

Allí, lo mismo que en el resto del apartamento, reinaba el más completo desorden, y ambas, en silencio, empezaron a registrar, hasta que de un modo repentino, Velda exclamó haciendo que Esther se volviera hacia ella precipitadamente:

—Creo que ya lo tengo.

Tenía una barra de carmín en la mano, y la agente del CIA la miró un tanto escéptica.

—¿Dónde? —preguntó.

—O mucho me equivoco, querida, o se encuentra dentro de esta barra de labios.

Y se la entregó.

Con aquella entre sus manos, Esther preguntó:

—Puede que lleve razón, y si es así, ¿cómo lo ha sabido?

Velda lanzó una mirada circular alrededor suyo y respondió calmamente.

—Es sencillo, querida, y me choca que no lo haya averiguado ya. Mire esos lápices de labios. Hay tres y el que se encuentra en el *living* junto al cadáver de esa pobre muchacha, son idénticos. Es decir, rojos, pero en diferentes tonos. Este que ahora tiene usted, es rosa. Rosa pálido, ¿comprende? Es la única nota discordante que hay.

—Eso quiere decir que...

—Elizabeth Memphis entró en el lavabo del avión y cambió el pintalabios de la azafata por el que ella tenía. Por el que usaba, ya que sus labios eran rosa pálido. De eso estoy segura. Luego, sospecho que al abrir su bolso y ver éste, la azafata creyó que sería de alguna de sus compañeras y tan pronto como llegamos a Chicago, o tal vez aquí, en Nueva York, teniendo que retocarse y no gustándole el color, decidió comprar otro. Vino aquí y lo dejó en cualquier parte, olvidado por completo, pues como digo, era un color que no usaba, quizá porque no le gustaba.

Esther no respondió.

Dio media vuelta y llevando a Velda detrás, fueron al *living*. Unos minutos más tarde los del FBI se encontraban allí, y varios segundos después, el microfilm se encontraba en manos de Donalson, que enfrentó a Velda.

—Hablaré por usted en Washington —dijo.

Ella le dedicó una de sus fáciles y tímidas sonrisas y no respondió.

Miraba a Borden... hasta que soltó la pregunta:

—Lo que no entiendo es cómo mató a Liz Memphis, siendo su amigo.

Borden hizo una mueca.

—Tuve que hacerlo, querida. Era mi vida a cambio de la suya, y cuando uno se mete en esto, tiene que obedecer. Ella tenía eso, que le entregaron, y me lo comunicaron desde el mismo Chicago, una persona que viajaba a bordo del avión y que la venía siguiendo. Una persona de la embajada de... La orden era de eliminarla tanto si lo llevaba consigo como si no, y tuve que hacerlo, a pesar de todo. —Miró fijamente a Velda y añadió—: Lo que siento es que en vez de tratar de asustarla a usted, y por dos veces, no la matara. Quizá ahora...

No terminó.

Unos minutos más tarde vino la ambulancia, llamada por Donalson, y se llevaron a Borden y al teniente Mac Harrison, que una vez más rumiaba su fracaso frente a Velda O'Hara, y ambos quedaron solos en el «Cadillac».

Pero no fue hasta que no hubieron arrancado cuando Velda preguntó:

—¿Cómo me encontraste, querido?

—Porque sospechaban de ti y te vigilaban, Velda, querida. Te estaban siguiendo de día y de noche. No ocurrió nada hasta que el agente del FBI que te seguía no te vio entrar en la casa de la azafata. Entonces llamó a su Departamento y con lo ocurrido en Central Park, ataron cabos y vinieron a buscarme en el momento en que me disponía a darle un abrazo a *miss* Memphis y...

—¡John...! ¿Es que no te da nada...? ¿Y para eso, para que me tuvieras en tus amorosos brazos, fingí que me desmayaba cuando llegasteis? Eso... no está nada bien, querido...

Hubiera continuado hablando, pero la súbita aceleración del «Cadillac», que la pegó materialmente contra el respaldo del asiento, la interrumpió, cortándole en seco.

No obstante, sus ojos y su boca sonreían...

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España